

LA GUERRA INTERIOR

Antonio Medrano

Extraído de la obra “La lucha con el dragón”

www.antoniodedrano.net

La vida es combate, guerra incesante, lucha y esfuerzo para alcanzar la meta. Y esto, lo queramos o no; nos guste o nos disguste; nos demos o no cuenta cabal de ello. El hombre es por naturaleza un ser combatiente: nace con una misión luchadora y realiza su destino combatiendo, venciendo obstáculos, resistencias y fuerzas hostiles. Vivir es combatir, pelear a brazo partido para superar las dificultades que surgen en nuestro camino, bregar contra los impedimentos que se oponen a nuestros propósitos y proyectos. No se puede tener una vida auténticamente humana sin pelear duro, de forma valiente y tenaz. Nuestra existencia cobrará sabor y sentido en la medida en que nos impliquemos combativamente en ella.

Vivere militare est, “el vivir es guerrear”, sentencia Séneca en una de sus cartas. [1] Idea que ya encontramos formulada en la Biblia, en el *Libro de Job*, donde expresamente se afirma: "Milicia es la vida del hombre sobre la tierra".[2]

1. La gran guerra santa

El mito de la lucha con el dragón nos habla de este guerrear. Pero aquí la lucha tiene sobre todo una proyección interior: es guerra contra uno mismo, combate contra los impedimentos que hay en el propio ser, lucha sin cuartel contra el ego. Se trata de una guerra intestina en la que está en juego aquello que más nos importa --o que, al menos, más nos debiera importar--, a saber: nuestra libertad, dignidad y felicidad. Un combate interior que será tanto más intenso cuanto mayor sea la nobleza de la persona, cuanto más altas y nobles sean sus aspiraciones. Quien no combate internamente, pierde su vida. Quien no quiera pelear, estará condenado a vivir como un despojo viviente, como un perpetuo derrotado, como un trozo inerte zarandeado por los acontecimientos y por la fatalidad del destino.

Pero la dimensión combativa de la vida alcanza su máximo nivel cuando el vivir se encauza por una vía espiritual, guiado por la luz de la Gnosis o Sabiduría. Entonces, la existencia humana se perfila como una gran batalla o prueba heroica que tiene como objetivo el conocimiento de nosotros mismos, nuestra liberación y realización integral. Una batalla, prueba o trance en que somos al mismo tiempo el héroe liberador, la víctima a liberar y el enemigo a vencer, el tirano a derribar. Contemplada desde una elevada perspectiva espiritual, gnóstica y sapiencial, la vida no es sino eso: guerra en el sendero de Dios por la instauración de la paz, el orden y la armonía; combate por la conquista de nuestra propia Iluminación; lucha por el Conocimiento, por la Sabiduría, por la Visión trascendente que ha de transformar nuestro ser y que nos ha de aportar la felicidad plena; esfuerzo audaz y perseverante para derribar los obstáculos que se interponen entre nosotros y la Realidad; empresa guerrera al servicio de la Luz, esa Luz del Ser y de la Verdad que es suprema fuerza liberadora. Y es de esta gesta heroica interior de lo que nos habla el mito universal de la lucha con el dragón. Pocas imágenes expresan esta idea de modo tan directo,

gráfico y vigoroso como la del héroe solar alanceando a la negra bestia del averno.

En la escena mítica en la que se enfrentan el Héroe solar y el monstruo abisal se halla representada, como antes decíamos, la "gran guerra santa", el gran combate espiritual en que se decide el destino último del ser humano. Lo que la doctrina islámica llama *al-jihâd al-akbar*, "gran *jihâd*" o "*jihâd* mayor", esto es, el "gran combate" en el cual el enemigo a vencer es el infiel que portamos dentro de nosotros (en contraposición al "*jihâd* menor" o "pequeña guerra santa", *al-jihâd al-asghar*, que es la guerra exterior contra los infieles). "La lucha del Amor contra la Cólera" de que habla Jakob Böhme, lucha que tiene lugar dentro del alma humana. El gran proceso agónico o "combate espiritual" (*geistlicher Streit*) que Gichtel, siguiendo los pasos de su maestro, describe como enfrentamiento "entre el Amor y la Cólera, entre la Luz y las Tinieblas, entre el Sí y el No". [3] La "batalla entre las fuerzas opuestas del engaño y de la *Bodhi* o Iluminación", para decirlo con las palabras de Yasutani-roshi, maestro zen japonés del presente siglo. [4]

Esa guerra interior se halla figurada en la mitología védica por la guerra entre los *devas* y los *asuras*, entre las fuerzas divinas y las fuerzas demoníacas. Ya hemos visto que en la lucha de Indra contra el dragón Vritra, este último representa a los *asuras* o "anti-dioses" mientras el primero es el Rey de los devas o dioses, y que tanto uno como el otro simbolizan fuerzas y tendencias presentes dentro del hombre. "Devas y asuras se combaten sin cesar por el dominación del mundo", leemos en la *Brihadaranyaka Upanishad*. [5] Y este mundo por cuyo dominio luchan las fuerzas de la luz y de las tinieblas es en primer lugar el mundo del hombre, el microcosmos o pequeño mundo en el que se refleja la totalidad de la Creación, con su inmediata repercusión en el mundo que lo rodea, ya sea el mundo social o el mundo natural, el universo o macrocosmos.

En la disciplina del Yoga, en la que como hemos visto se parte de la fórmula mente = ego y se señala como meta la "aniquilación" o "disolución de la mente" (*mano-laya* o *mano-nasha*), se habla de librar una auténtica "guerra contra la mente". Así Swami Sivananda Sarasvati nos exhorta a lanzarnos al campo de batalla de lo Absoluto; es decir, a emprender la empresa heroica de descubrir y conquistar la Realidad Suprema, el *Brahman*, que constituye nuestra más honda realidad y nos hace ser lo que somos. Para ello --nos dice--, debemos convertirnos en "soldados del espíritu", dispuestos a luchar con todas nuestras fuerzas contra las potencias que nos encadenan a *Maya*, la ilusión cósmica, haciéndonos ver como real lo irreal y como irreal o ilusorio lo verdaderamente real. Y entre estos poderes que nos esclavizan, hace notar Sivananda, figura en primer lugar la mente. Si queremos liberarnos de los lazos de *Maya* y alcanzar la verdadera libertad, tenemos que ser, por tanto, héroes en la lucha contra el *manas*. Hay que vencer a la mente egótica, y esto sólo puede lograrse tras duro esfuerzo y enconada lucha. [6]

En la tradición islámica, y especialmente en la doctrina sufi, abundan las referencias a esta guerra santa interior, que los maestros sufíes describen como el combate que se libra contra el "alma carnal" (*an-nafs al-ammâra*). El *jihad al-akbar* o "gran combate" es la guerra sin cuartel que quien decida orientar sus pasos por "la Vía" sagrada de la realización espiritual ha de llevar a cabo contra el yo pagano, politeísta e idólatra, adorador de las cosas y de sí mismo. Como señala Seyyed Hossein Nasr, el espíritu combativo al que apela el principio del *jihâd* va dirigido contra todo lo que niega la Verdad o perturba la armonía; lo cual, aplicado a la propia vida personal, implica un combate incesante contra las tendencias nocivas y desintegradoras que cada cual porta dentro de sí, "una guerra continua contra el alma carnal (*nafs*), contra todo aquello que en el hombre tiende a la negación de Dios y Su Voluntad". En su significación interior, es decir, como "gran guerra santa", que es la

realmente importante, el *jihād* significa "guerra contra todas aquellas tendencias que apartan al alma del Centro y Origen y la alejan de la gracia del Cielo". [7] Es éste un combate que, como enseña Ibn Abbad de Ronda, místico andalusí del siglo XIV, puede durar toda la vida, y en el cual el luchador debe desconfiar de sí mismo y contar únicamente con Dios. [8] En tanto haya una brizna del "yo" que pretende afirmarse al margen del mandato de Dios, deberá proseguir ese "gran combate". Refiriéndose a esta "guerra santa mayor", que considera equivalente al camino sufí, Martin Lings observa que sólo el místico o gnóstico es capaz de llevarla hasta sus últimas consecuencias, pues sólo él "sabe lo que es mantener una oposición metódica a sus posibilidades inferiores y llevar la guerra al territorio enemigo para que el alma entera pueda ser <para Dios>". [9]

El Budismo no es una excepción en esta interpretación combativa de la empresa espiritual. La vía búdica se perfila como un combate, como una empresa guerrera y conquistadora: una guerra sin cuartel por la conquista de la Liberación. La vida del seguidor de Buddha es una lucha continua contra las fuerzas que dentro de él se oponen a la Iluminación, a la realización de la Verdad; una lucha contra la sensualidad, la pasión y la ignorancia, contra todas las impurezas e impedimentos que brotan del ego. En esto, el fiel budista no hace sino seguir el modelo de Sakyamuni, el fundador de esta tradición sagrada. Es éste un extremo puesto en evidencia por Shundo Tachibana, el cual tras explicar que Mara es la personificación del mal, según ya vimos, subraya que la vida entera del Buddha "fue una vida de lucha constante contra este mal", como lo fue también la vida de todos sus discípulos. Mara y sus seguidores, sigue diciendo Tachibana, son comparados en los textos budistas a un ejército, cuyo general es precisamente "el Tentador" como mal principal o raíz de todos los males. [10] La orientación guerrera de la disciplina y el *ethos* budista ha sido resaltada por Julius Evola en su ya clásico estudio sobre "la Vía del Despertar". Evola llama la atención sobre la frecuencia con que en los textos canónicos aparece "la asimilación de la ascesis budista a la guerra y de la cualidad del asceta a las virtudes del guerrero y del héroe". [11]

El *Dhammapada* abunda en sentencias alusivas al sentido combativo de la vía espiritual. En este antiguo texto sagrado budista aflora por doquier la terminología militar, las referencias al arte de la guerra, lo que constituye un claro índice de esa dimensión de "guerra santa" que adquiere la marcha a lo largo del "Camino del Dharma" (concepto éste de "marcha" que, por cierto, también presenta innegables connotaciones marciales, al igual que el de "disciplina" antes mencionado). En un párrafo que va dirigido al hombre que se esfuerza en el Camino, Buddha aconseja: "Haciendo que su mente permanezca firme como una fortaleza, luche contra Mara con el arma de la sabiduría; proteja su conquista y no se aparte de ella". [12] Y más adelante, ensalzando el poder espiritual del Sabio o *Muni*, que sabe guiarse rectamente en la vida, afirma: "Los sabios escapan del mundo derrotando a Mara y su ejército". [13]

En el capítulo de la mencionada obra en el que se traza el perfil del brahmán (*brahmin*), esto es, del hombre religioso, auténticamente sacerdotal, se alaba su capacidad para perseverar como buen soldado en el camino emprendido y soportar impasible todos los padecimientos y sinsabores que en él encuentre, de su ánimo dispuesto a arrostrar todas las dificultades. De la fuerza interior del *brahmin*, que le permite sufrir con serenidad toda clase de ataques y ofensas, se dice que "esa fuerza es su ejército". Las fuerzas espirituales que ha conseguido reunir y forjar dentro de sí mismo constituyen el ejército con el que vence a las huestes de Mara. [14]

En el *Majjhima-nikayo* se habla de la "batalla contra el gran ejército de la muerte" y se

llama al Nirvana, así como a la doctrina que permite alcanzarlo, "supremo triunfo de la batalla". El hombre que sigue la Vía trazada por el Buddha --el cual recibe los epítetos de Héroe, Vencedor o León rugiente-- es definido como un guerrero o combatiente: "combatiente ario". De él dice el *Mahavagga* que "es firme, vigoroso, bien plantado, equilibrado, apto para vencer en la batalla". Y en otros textos canónicos se le califica de "asceta luchador de pecho acerado (*pugnante*)", "audaz que desconoce la vacilación", "héroe vencedor en la batalla": "un guerrero que es bueno para el rey, bien digno del rey, que es un ornamento del rey".^[15] De ahí la importancia que se otorga a la virtud de *virya*, es decir, la virilidad, la energía combativa, el ánimo luchador, el temple y el arrojo, la fuerza interior, la valentía paciente y tenaz.

Por eso en el *Tao-Te-King*, que es una obra eminentemente espiritual, sapiencial, con un mensaje sobre todo interior, de realización humana o supra-humana, aparecen de manera recurrente las alusiones a las tácticas de combate y la terminología guerrera. Hasta el punto de que hay quien ha sostenido que en, en realidad, es un tratado sobre estrategia militar.

2. El combate sacro en la tradición cristiana

No menos abundantes son las alusiones a este combate interior en la tradición cristiana, cuyos primeros vestigios se encuentran tanto en los mismos Evangelios. El mismo Cristo se anuncia como portador de la espada y predicador del combate: "No he venido a traer la paz sino la guerra".^[16]

San Pablo nos invita a comportarnos como atletas o héroes de la fe, siguiendo el ejemplo del caudillo y conductor que es Cristo: "Corramos al combate [o la carrera] que tenemos ante nosotros, fijos los ojos en el Jefe iniciador".^[17] En su *Epístola a los efesios*, recurriendo a imágenes semejantes, exhorta a los cristianos a armarse para esta guerra intestina de la que ningún hombre puede librarse. "Revestíos de la armadura de Dios para que podáis sosteneros ante las asechanzas del diablo". Y va enumerando las armas y los arreos que han de hacer al hombre invencible en esta lucha espiritual: la coraza es la justicia, el escudo es la fe, el yelmo es la salud, el cinto es la verdad y la espada es la enseñanza divina. "Mantenéos firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad y revestidos con la coraza de la justicia", aconseja el Apostol de los gentiles, y más adelante agrega: "tomad el yelmo de la salud y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios". Armado con tales armas sobrenaturales, podrá el cristiano salir victorioso y "apagar todos los dardos encendidos por el malvado".^[18]

"Nuestro corazón es un continuo campo de batalla", proclama San Agustín, el cual habla con insistencia de la "guerra interior" y de la "pugna dentro de ti" (*pugna intra te ipsum*) a la que tiene que hacer frente el seguidor de Cristo. Es un combate incesante en el que no que hay temer nada que venga que venga de fuera, sino tan sólo aquellas sollicitaciones que vienen de nuestra propia alma: "Combate sin tregua. No temas a ningún enemigo externo; véncete a ti mismo, y el mundo será vencido". Es tal la importancia de este combate, que sin haberlo experimentado no se puede conocer la entraña del mensaje de Cristo. Por eso la espiritualidad cristiana sólo puede ser entendida por guerreros, por individuos avezados en el combate contra el enemigo interior. "Hablo con luchadores: los guerreros me entienden; no me entiende el que no guerrea", advierte el Obispo de Hipona.^[19]

En su breve tratado sobre "la Nueva milicia", dirigido a los caballeros templarios, San

Bernardo hace también alusión a esta guerra espiritual cuando resalta que los guerreros del Temple "se dan a un mismo tiempo a dos combates": por un lado, el combate físico "contra la carne y la sangre", es decir, contra los enemigos de los cristianos, y, por otro lado, "contra los espíritus de malicia que están esparcidos por el aire". Y más adelante, en esta misma línea marcial y combativa, llama a Cristo "el gran Capitán de los ejércitos", poniéndolo de ejemplo para los monjes-soldados templarios, de los que dice que "son más mansos que los corderos y más feroces que los leones". [20]

A lo largo de toda la literatura cristiana aflora como un tema recurrente este argumento del combate espiritual. En todas las épocas y en todas las lenguas en que se ha expresado el pensamiento cristiano abundan las alegorías sobre el alma como campo de batalla, ya se la describa librando duras contiendas en campo abierto con sus enemigos o sitiada en su castillo por los vicios. Entre los miles de tratados que abordan el asunto, cabría citar la obra *Holy War* ("Guerra Santa") del puritano John Bunyan, el célebre autor de *The Pilgrim's Progress*, una de las obras que han tenido mayor éxito editorial en la historia y a la que ya nos hemos referidos en un capítulo anterior, o la *Psychomachia* ("Lucha del alma") del poeta hispano-romano Aurelio Prudencio, que ejerció un enorme influjo sobre la creación literaria medieval. Mención especial merece también el libro *Lucha interior*, del español Melchor Rodríguez de Torres, el cual desarrolla con brillantez, aunque con un tono predominantemente ascético y moral, la idea de la guerra santa interior. En dicha obra el mercedario castellano afirma que la vida de cada uno de nosotros es "pelea entre dos como duelo", porque hay dos fuerzas contrarias que luchan en nosotros mismos. "Días de pelea son los del vivir", dice glosando diversos textos bíblicos, pues en verdad "no hay hora de descanso jamás, ni día sin asaltos o grescas". [21]

Tomás de Kempis se muestra igual de preciso al subrayar la importancia del combate contra uno mismo. "¿Quién tiene mayor combate que el que se esfuerza en vencerse a sí mismo? Este debería ser nuestra ocupación y tarea: vencerse el hombre a sí mismo, y cada día hacerse más fuerte, y aprovechar en mejorarse". Pocas veces se ha expresado con tanta concisión y agudeza la enseñanza espiritual que encierra el simbolismo de la lucha con el dragón como en este párrafo del Kempis. Y resulta interesante comprobar cómo esta exigencia de la lucha contra el propio yo se conecta con el camino del autoconocimiento, al añadirse acto seguido una reflexión sobre la importancia de conocerse a fondo, con sinceridad y humildad. Hablando de la lucha contra la imperfección y la oscuridad, en la misma obra se asevera: "El humilde conocimiento de ti es más cierta senda hacia Dios que escudriñar la profundidad de la ciencia". [22] Con ello, la tarea heroica y guerrera del autovencimiento se coloca bajo el signo de la sabiduría que nos lleva a profundizar en el propio ser. Lo cual viene a corroborar el enlace con el símbolo de la lucha con el dragón, pues no hay que olvidar que la dracomaquia apunta sobre todo a la acción intelectual desfloradora de la propia realidad. Tendremos ocasión de comprobarlo más adelante.

En su copiosa correspondencia, San Francisco de Sales trata en repetidas ocasiones del temple luchador que ha de mantener el cristiano para llegar a su meta. Así, en una de sus cartas escribe: "Esta vida es una guerra continua, y no hay quien pueda decir: yo no soy atacado en absoluto". El Obispo de Ginebra tiene buen cuidado en puntualizar que la paz interior va inseparablemente ligada a la victoria en el combate interior. "La verdadera paz no consiste en no combatir, sino en vencer: los vencidos ya no combaten". [23]

No podía faltar esta visión agónica en la obra de Jakob Böhme, rebotante de una combatividad típicamente germánica y cuyo sello distintivo es el realce que en ella cobra el choque entre los principios contrapuestos del Amor y la Cólera. El cristiano está siempre en

lucha, afirma Böhme, el cual advierte una y otra vez que el verdadero seguidor de Cristo no puede enzarzarse en polémicas, disputas, guerras y conflictos con el prójimo, pues ya tiene bastante con su propia lucha personal, que es la lucha decisiva, la que realmente importa. Si alguien quiere renacer, dice el Filósofo teutónico, "tiene que luchar y contender contra sí mismo"; tiene que luchar contra "el viejo Adán" perverso y corrupto, el cual pretende impedir el nacimiento del "nuevo Adán" que ha de nacer de la Virgen: "el viejo Adán en la Cólera de Dios lucha contra el nuevo Adán en el Amor". "El *Wille* (voluntad o querer) tiene que convertirse en un campeón y pelear contra la voluntad corrompida (*der verdorbene Wille*) ", para lo cual nuestra voluntad interior, separándose de la razón terrena, deberá sumergirse en la muerte de Cristo. "Si no quieres luchar, tampoco vencerás; te matarán en tu blando lecho. Pues tiene ante sí el hombre un ejército poderoso que combate de continuo contra él".[\[24\]](#)

Esta concepción combativa del Cristianismo reaflore en la obra de Michael Hahn, el último de los grandes representantes de la Teosofía cristiana, en cuya doctrina adquieren especial relieve los conceptos de "fuerza" (*Kraft*), de "combate" (*Ring*) y de "lucha" (*Kampf*): la fuerza como medio para vencer en el combate y el combate como medio para conseguir la verdadera fuerza. Para Hahn, la vida del cristiano es la de un luchador que pelea por la Sabiduría divina, la de un combatiente que va en pos del *Erkenntnis* o Conocimiento. Sólo lo que se consigue por medio de la lucha tiene verdadero valor y puede ser duradero, sostiene el místico suabo. Cuanto más duro es el combate y cuanto mayor es la fuerza que en él se pone, mayor es también la fuerza que se consigue, más auténtico y rico es el ser, la realidad o riqueza interior que se recibe de Dios. Cuando el alma busca a Dios con hondura y se decide por Él con toda su voluntad, "se desencadena una gran lucha", y esta lucha es la que le fortalece y le permite descubrir en su propio ser los grandes tesoros del Espíritu. Hahn subraya con insistencia que el hombre sólo puede crecer espiritualmente en la *Widerwärtigkeit*, esto es, en la pugna de fuerzas donde ha de medir sus fuerzas; es en ese choque o conflicto de fuerzas opuestas, vivido al servicio de Dios, donde se realiza como ser espiritual. Por eso, el camino vital del seguidor de Cristo puede ser definido como un camino de esfuerzo, de guerra incesante: "la lucha por el Conocimiento y la Fuerza de Dios" (*das Ringen um Erkenntnis und Kraft Gottes*). El premio y la culminación de ese esfuerzo combativo es la Iluminación o *Erleuchtung* que disipa todas las dudas, incógnitas e incertidumbres; el Auto-esclarecimiento o *Selbsterhellung* que nos hace conocernos a nosotros mismos; "la Iluminación por el Espíritu" (*die Erleuchtung durch des Geistes*) que desvela los más hondos secretos de la vida; "la Visión central" o *Zentralschau*, en la cual el hombre "ve con el Ojo de Dios". El resultado de todo ello es "una vida en la Fuerza": una manera de vivir arraigada en la invencible Fuerza o Virtud que dimana de Dios.[\[25\]](#)

Se suele pensar que la lucha a la que aluden los autores cristianos citados es la lucha contra las tentaciones, contra el pecado y las malas inclinaciones, pero su mensaje es mucho más profundo, yendo más allá de cualquier interpretación moralista. Esto es algo que queda bien patente en los lúcidos párrafos de Michael Hahn a los que acabamos de hacer alusión.

3. La Razón en lucha con la irracionalidad

He aquí lo que queda sintetizado y compendiado, con tremenda fuerza plástica, en la escena mítica en la que el campeón divino se enfrenta al dragón y lo atraviesa de par en par. En ella se halla representado el "gran combate" que en cada ser humano libran el Espíritu y el alma. El héroe encarna la luz del Espíritu, mientras que el dragón simboliza el alma en

toda su oscuridad, irracionalidad, deformidad y miseria en tanto no ha recibido la luz espiritual; es decir, el alma dominada por la ilusión egótica, en cuanto campo donde el ego impone su ley y campa por sus respetos; el alma o psique como reducto del amor propio, de la propia voluntad, de la propia opinión o propia razón (opuesta a la Razón universal y que, de hecho, suele desembocar en algo completamente irracional, diseminado en infinitud de sinrazones).[\[26\]](#) Sería difícil encontrar un símbolo que expresara mejor, con mayor fuerza y claridad, esa lucha por la transformación y realización espiritual de la persona.

La *Drachenkampf*, la lucha del héroe solar con el dragón, representa la lucha del principio liberador contra la tiranía del ego. Es la lucha del *Animus* contra el *anima*, del *Nous* contra la *psique*, del Intelecto contra el alma carnal, de la Razón superior contra el alma irracional, de la fuerza espiritual contra el elemento anímico y pasional, de la Mente divina (o búdica) contra la mente egótica, terrena, demoníaca y samsárica. En ella se decide la afirmación de la Personalidad metafísica --esto es, el reflejo de la Divinidad en el hombre-- sobre la individualidad contingente, condicionada y relativa. Como dice Ananda Coomaraswamy, es la "guerra de la Divinidad y del Titán", la lucha entre el "Hombre interior" y el "hombre exterior"; lucha en la cual aquél, el "Hombre interior" o "el Dios dentro de nosotros", se convierte en "el matador del dragón".[\[27\]](#)

En el plano microcósmico, apunta Jean Cooper, la victoria sobre el dragón significa "el hombre venciendo a su naturaleza oscura y consiguiendo el dominio de sí mismo, la *self-mastery*".[\[28\]](#) Es el proceso combativo mediante el cual la parte mejor de nosotros mismos, de ascendencia divina y celeste, impone su dominio y su legítima autoridad sobre la parte inferior, meramente humana y terrena o, peor aún, infernal y demoníaca.

G.A. Gaskell interpreta el combate del héroe divino con el dragón como una representación emblemática de "la Razón venciendo a la naturaleza inferior de la Emoción" o "la Mente controlando al Deseo". Refiriéndose a la escena de San Jorge que atraviesa con su lanza el cuerpo de la bestia abisal, dice que "el caballo y el jinete significan la inteligencia bajo la dirección de la voluntad" --aunque sería más correcta la interpretación inversa: la inteligencia dirigiendo a la voluntad; pues es a la Luz intelectual a la corresponde el papel dirigente en un orden normal--, mientras que el dragón representa "la naturaleza inferior (*lower nature*) en guerra contra el alma" --desgraciadamente esta última expresión no está muy bien escogida, pues se presta a equívocos, dada su ambigüedad--, o "la naturaleza egoísta (*selfish nature*) que devora al inocente y obstruye la libertad y la justicia". Y en relación con la figura del dios Thor que lucha con la Serpiente de Midgard, Gaskell señala que el primero simboliza "la Mente superior" (*the Higher Mind*), mientras que la segunda encarna la "mente del deseo" (*desire-mind*) que "ciñe a la naturaleza inferior del alma" y "se identifica con los objetos de los sentidos, estando en enemistad con la naturaleza superior". Citando la obra *Revelation and Mythology*, de Garth Wilkinson, en la que el autor compara la Serpiente de Midgard con la serpiente bíblica, Gaskell llega a la conclusión de que en ambas está plasmada "la mente sensual" en la que reside "el amor propio".[\[29\]](#)

Para Leopold Ziegler, la *Drachenkampf* simboliza la lucha de la *Lichtseele*, "Alma luminosa" o "Alma de luz", contra la *Dunkelseele*, "alma oscura" o "alma de las tinieblas". Ziegler habla, en este sentido, de "la *Drachenkampf* del Hijo con la Madre, del Dios con el demonio del caos o *Dämon-Chaos*"; significando "el Hijo", la potencia luminosa, el Espíritu o *Animus*, el *Sol invictus*, la vida espiritual consciente, y "la Madre", lo oscuro o turbio, el instinto o impulso sensual (*der Trieb*), el alma o *anima*, la influencia todopoderosa de la concupiscencia, la vida confusa de la inconsciencia y el sueño. El camino de la *Drachenkampf* no sería, pues, otro que "el camino del *Sonnenhelden* o héroe solar", el

"camino del Hijo" que es un "sendero real" o "camino regio" (*Königsweg*) y un "camino de luz" (*Lichtweg*), a través del cual la trama existencial descendente se transforma en otra radicalmente opuesta, de signo ascendente: el "sendero de la Verdad", que es una misma cosa con el *Tao* y que es también el *Heilsweg*, "el sendero de la salud o salvación del alma"; sendero que conduce al "Centro áureo" de la vida. [30]

Esta significación resalta con especial claridad en el combate que Apolo, el dios de la sabiduría délfica, personificación de la Luz intelectual, del Sol sobrenatural y de la Razón divina, libra contra el dragón-serpiente Pitón. El hecho de que Apolo sea, como señala Walter Otto, "el noble pregonero de la prudencia, del autoconocimiento, de la medida y del orden razonable", da un claro sentido a su victoria sobre el monstruo que surge de las profundidades de la tierra. [31] Otro tanto puede decirse de la derrota que el gigante-dragón Encélado sufre a manos de Atenea, la diosa sabia, inteligente y prudente por excelencia en el panteón griego. Igualmente evidente resulta tal significado, de victoria intelectual sobre la monstruosidad y oscuridad de la ignorancia, en el triunfo que Marduk obtiene al aplastar a la tumultuosa Tiamat y su ejército de monstruos, triunfo del que se ha dicho significa "la preponderancia de la Sabiduría --es decir, de la inteligencia-- sobre el caos". [32]

El mismo esquema encontramos en el mito egipcio, donde Horus el alcón divino, el ave solar que lucha al servicio de Ra, representa los altos vuelos de la inteligencia, identificada con la Verdad y con el orden cósmico, los cuales defiende de las insidias de potencias tifónicas. Para Thomas Milton Stewart, Ra simboliza la Conciencia, "la primera manifestación de Amón", el Ser supremo, que hace ver lo que es justo y correcto, mientras que Horus, cuyo nombre significa "Lo que está arriba, encarna la Inteligencia despierta, iluminada, que sabe ponerse siempre del lado del bien. Por eso su emblema es el alcón, que sobresale todos los pájaros por la agudeza de su mirada y por la rapidez de su vuelo. De ahí también que en los grandes combates del mito tenga un protagonismo especial "el Ojo de Horus", que no es otra cosa que "el Ojo de la Mente". Los enemigos de Ra, por el contrario, representan todo aquello que se opone al recto orden: las fuerzas de la ignorancia, el egoísmo, la intemperancia, los vicios y las pasiones. Resulta, pues, claro cuál es el significado de la victoria de Horus sobre Apep y Set, victoria que queda sellada por el disco solar alado. [33]

En términos similares se expresa Plutarco, cuando, explicando el significado del combate que en la antigua religión egipcia tiene lugar entre Osiris y Tifón (o, lo que viene a ser lo mismo, entre Horus y Set), afirma que el primero encarna la inteligencia y la razón, mientras que el segundo representa lo que en el alma hay de "apasionado, subversivo, irracional e impuro"; en suma, lo que no tiene medida ni orden. [34]

Idéntica interpretación es la que han ofrecido los más autorizados exegetas de la espiritualidad hindú de la lucha entre el Indra indo-ario y el dragón Vritra. "El Dios de la Mente iluminada" llama a Indra la mística hindú Ma Suryananda Lakshmi, mientras que de sus colaboradores divinos, los Maruts, dioses védicos de la tormenta, dice que son "los corceles inteligentes de Indra, los arranques o impulsos vencedores de la mente esclarecida, las fuerzas vigorosas de la piedad que conducen al *samâdhi*, a la visión de la verdad". [35]

El héroe o dios que alancea al monstruo y le da muerte o somete, encarna el principio vertical, el elemento viril y solar, el núcleo activo de la persona (reflejo de la Actividad divina y eterna), la potencia luminosa de lo alto que libera y purifica la realidad terrena. Es el Espíritu, el Intelecto, el Sol interior, el "Gran Yo" o "Yo verdadero" (*Dai-ga* o *Shin-ga* de las artes marciales y de la tradición budista japonesa), la Personalidad metafísica, el núcleo

deiforme e inmortal de nuestro ser. El *Logos* o Principio divino dentro de nosotros, que, con su poder iluminador, da orden y unidad a la confusa y desordenada multiplicidad de nuestra vida individual, transformando así el caos en cosmos.

Ese guerrero que combate erguido y con las armas en la mano, sin inmutarse por las bélicas vicisitudes que afronta, es el piloto y jefe interior, el enviado del Cielo, el Hijo del Sol o Rey supremo que aniquila cualquier forma de tumulto o rebeldía titánica que pueda surgir en nuestro propio ser. Protegido de los dioses, montado sobre su cabalgadura blanca y recubierto de su reluciente coraza, irrumpe como mensajero de la Divinidad, derribando los obstáculos que, por obra de las males artes del ego, se interponen en el camino que conduce a nuestra meta última.

El caballero o combatiente solar que se presenta a la vez como *Drachenkämpfer* y *Drachenbesieger*, como luchador contra el dragón y como su vencedor, encarna, por tanto, el héroe interior que nos impulsa a ser lo que debemos ser, que nos alienta a permanecer fieles a nuestro más alto destino y a nuestra más noble misión. En él está representado el principio heroico que, cual amigo íntimo --como el Mitra matador del toro, el dios invicto, personificación divina de la amistad y la lealtad--, nos transforma desde nuestras más hondas raíces para permitirnos llegar a ser lo que en esencia somos y alcanzar así el fin supremo de la vida, de acuerdo al apotegma tradicional que aconseja "sé lo que eres", *werde was du bist*.

Frente a él, el dragón materializa el elemento pasivo y servil, la naturaleza pasional, la sustancia femenina y material, el principio ctónico-lunar, el poder del caos y las tinieblas, la horizontalidad existencial que en todas las tradiciones aparece representada por el agua y la tierra (símbolo ambas, como hemos visto, de la femineidad, con todo lo que ésta implica de ligazón simbólica con la materia informe, de receptividad y pasividad frente al poder creador del Espíritu). Es el fondo magmático del psiquismo, el seno materno del propio ser que ha de recibir la acción creadora de lo alto, del principio paterno, acción de la cual habrá de surgir el cosmos personal. Es decir, el mundo de la psique, de los instintos y sentimientos, de las pasiones y los impulsos irracionales, de la mente desordenada y sin control, donde se oculta el enemigo del hombre.

Filón de Alejandría supo ofrecer una de las más atinadas interpretaciones de este mito, interpretación en la que confluyen la sapiencia griega y la sabiduría bíblica. Según el sabio hebreo, la *ofimaquia* o *drakomaquia* es el combate que en el interior del ser humano libra el núcleo viril que es el Espíritu (*Pneuma, Ruah*), el *Nous* o *Logos*, el Intelecto o Razón, contra la entidad femenina que es el alma (*psiche, nefesh*), la cual, siendo irracional y terrena, se ve fácilmente aprisionada por el placer que se enrosca como una serpiente en torno a ella. Es, dice Filón, "una batalla implacable, una guerra sin tregua contra la intemperancia y el placer". El dragón o serpiente es, en opinión del filósofo helenista, la *hedoné*, la concupiscencia o sensualidad, "la irracional rebeldía del alma" que lleva en sí misma el veneno. [36]

Si el caballero o héroe solar representa la Personalidad metafísica, el "Hombre interior", el "Yo real" o "Gran Yo", el dragón, por el contrario, simboliza la individualidad contingente, el hombre exterior, el yo psico-físico, el "pequeño yo" o "yo falso" (el *Nin-ga* del Budismo Mahayana nipón), el yo efímero y condicionado. Este último es el alma individual, lo que Rumi llama "el alma carnal oscura", la cual, en el hombre ordinario, se alza contra el Intelecto y el Espíritu, con la pretensión de asfixiarlo y ocupar su puesto. Es el tirano que impone violenta y arbitrariamente su ley en nuestra vida, haciéndonos creer erróneamente

que en él está nuestro ser auténtico. Por eso, la muerte del dragón significa la extinción del alma individual, paso previo para el triunfo del Espíritu y para la realización integral del ser humano.

4. La guerra de las guerras

Esta guerra contra "el antiguo dragón" es, según Santa Hildegarda de Bingen, "la guerra de las guerras" o "el combate de los combates", *der Krieg der Kriege*. Pero Santa Hildegarda no deja de señalar, en tono reconfortante, que Dios ha dado al hombre la fuerza necesaria para vencer a su enemigo en tan tremenda batalla. La santa alemana veía simbolizada esta potencia victoriosa, que Dios entregó a Adán tras la caída, en la figura apocalíptica del caballero montado sobre un caballo blanco y armado de un arco para vencer. "Miré y vi un caballo blanco, y el que montaba sobre él tenía un arco, y le fue dada una corona, y salió vencedor, para que venciese".[\[37\]](#)

Son muchos los autores cristianos que han visto en las luchas relatadas en el *Apocalipsis* una alusión al combate que tiene lugar dentro del alma humana. Es, por ejemplo, el caso de Gichtel, para el cual esta guerra sin cuartel que cada hombre ha de librar contra el dragón que lleva dentro de sí tiene su antecedente y modelo, su representación simbólica y arquetípica, en la guerra enfrenta a San Miguel Arcángel con el rebelde Lucifer, ya convertido en dragón. Es la misma lucha --sostiene el autor de *Theosophia práctica*-- que ya se libró en el Cielo, antes de la Creación del mundo, primero en el campo de la propia voluntad de Lucifer --lucha interna de la cual este último salió derrotado, pues no supo dar la respuesta adecuada, sabia y humilde, quedando desde entonces convertido en Satanás--, y después entre este último, en su condición de "Príncipe furioso de la Cólera", seguido por los ángeles rebeldes, y San Miguel, como heraldo del Amor y de la Luz, puesto al mando de los ejércitos celestiales formados por los ángeles fieles.[\[38\]](#)

Gichtel subraya con especial énfasis que este "combate espiritual" contra el dragón, descrito en el capítulo 12 del *Apocalipsis*, no acabó con la derrota y caída definitiva de Satanás, sino que se ha continuado a lo largo de los tiempos: "se prolonga desde Adán hasta el presente, y en los creyentes se prolongará incluso hasta el fin". No es, pues, un combate que tuviera lugar en un lejano y etéreo pasado mítico, sino que tiene un valor actualísimo y se repite en la vida de cada ser humano.[\[39\]](#) Nadie puede escapar a ese combate, que es el trasfondo y el meollo mismo de nuestra existencia aquí sobre la tierra. Nadie es digno de llamarse en verdad cristiano si no ha sabido lanzarse al mismo con arrojo, si no ha "vencido y sometido a sus enemigos, que son también los enemigos de Cristo, con la fuerza de Jesús". Gichtel deja bien claro que no es fácil para cualquiera entender el misterioso y profundo significado de esta guerra interior, captar todas sus implicaciones, sus vicisitudes y sus consecuencias. Es este un combate tan extraordinario, tan "oculto e insólito" --afirma el místico alemán--, que sólo pueden comprenderlo quienes en él hayan participado, cumpliendo con su deber sin desfallecer.[\[40\]](#)

Ya hemos visto como Jakob Böhme y William Law insisten en estas mismas ideas, concibiendo a la Bestia y al Anticristo como una representación del yo en rebeldía contra el orden divino. Recurriendo a una terminología ya antes utilizada, y que contiene un hondo simbolismo, cabría interpretar dicho combate interior como aquel que dentro de cada uno de nosotros libran "el hombre viejo" y "el Hombre nuevo", identificándose este último con "el Cristo interior" o "el Segundo Adán".

En este gran combate de la vida, según indica Sor María de Agreda, se ven implicadas todas las facultades y dimensiones del ser humano. En ella intervienen tanto la inteligencia como la voluntad, tanto la razón como el sentimiento, al igual que ocurrió en la batalla entre San Miguel y el dragón, donde "se peleaba con los entendimientos y voluntades". [41] Todas las fuerzas son necesarias para vencer al dragón, el cual trata, a su vez, de apoderarse de todas ellas, de destruirlas y corromperlas, de infectarlas con su veneno y ponerlas a su servicio.

5. El simbolismo del caballo

Otra figura de enorme importancia simbólica en la imagen de la lucha con el dragón es el caballo o el animal que sirve de cabalgadura al héroe solar en su combate contra el monstruo abisal. En esta figura del caballo --cuyo simbolismo solar no puede desconocerse, sobre todo cuando es de color blanco, como es el caso del corcel de San Jorge-- entra en juego toda la rica simbología de la relación entre cabalgadura y jinete, entre caballo y caballero, que tanta importancia adquiere en el mundo espiritual de los pueblos nómadas y guerreros en general, y en el mundo de la Caballería medieval en particular.

Son múltiples los significados que encierra este brioso animal que colabora al triunfo del bien y el orden. En primer lugar, simboliza la fuerza, la tenacidad y el coraje con que hay que acometer la empresa del combate contra el dragón. Este es uno de los significados que de manera más inmediata vio el hombre antiguo en el caballo. "En el arte cristiano --escribe M. Oldfield Howey-- el caballo es el emblema tanto de la valentía como de la generosidad, y cuando el artista deseaba indicar que los santos que retrataba poseían tales virtudes, los representaba montados a caballo". Así por ejemplo, son dibujados o esculpidos como jinetes San Martín, Santiago, San Jorge, San Víctor o San Mauricio. En hebreo, la palabra que designa al caballo, *abbir*, significa "fuerte, valiente y esforzado". [42]

Desde un punto de vista más profundo y abarcador, el caballo encarna todos aquellos elementos de la propia individualidad o del propio complejo psico-físico (inteligencia, imaginación, voluntad, sentimientos, sentidos, fuerza física, postura corporal, respiración, energía vital, etcétera) que, sometiéndose a la orientación superior del jinete, del Intelecto o la Personalidad metafísica, y siguiendo disciplinada y dócilmente sus directrices, actúan como sus aliados en el combate y colaboran a su victoria, del mismo modo que el caballo obedece sumiso la voz de mando del jinete, del caballero o paladín que porta sobre su lomo, permitiéndole así salir airoso de la prueba. Son, por ejemplo, la imaginación iluminada por la inteligencia, el sentimiento ennoblecido y la voluntad rectamente formada, que quiere el bien.

El caballo viene a ser la representación simbólica de lo que, usando la terminología orteguiana, puedo llamar "mi circunstancia vital": "yo soy yo y mi circunstancia, y no me salvo a mí si no la salvo a ella". En él se compendia todo lo que forma esa circunstancia: mis propiedades (materiales o inmateriales), conocimientos, amistades, capacidades y cualidades personales, dotes y aptitudes (innatas o adquiridas).

En una perspectiva más amplia, cabría decir que en el noble cuadrúpedo que monta el héroe se halla representada aquella parte de la realidad cósmica, sensible o fenoménica --ya sea visible, audible o palpable-- que nos ayuda a seguir por "el Camino recto" que conduce a nuestro destino último. Es todo aquello que, tanto en nosotros como en nuestro entorno, nos sirve como punto de apoyo en la peregrinación y el combate terrenos; todo cuanto en esta

vida se nos ofrece como soporte para lanzarnos hacia el más allá y escapar así de la garra del triste, pobre, angosto y oprimente "más acá" en que pretende encerrarnos el ego. Aunque hay que decir que esto se halla también representado, en parte, como veremos en su momento, por la Mujer que el Héroe tiene en su punto de mira al lanzarse al combate con el dragón: la mujer como encarnación simbólica de la Naturaleza, de la Belleza, del orden y armonía de la Creación.

La blanca montura del héroe solar viene a encarnar todas aquellas cosas o realidades nobles, bellas y dignas que nos acompañan como compañeros en el viaje de la vida y como enviados de Dios para hacernos más llevadero el camino, más factible la tarea y más asequible la meta: desde la mujer y la familia a los instrumentos que utilizamos y nos sirven tan eficazmente en nuestro trabajo; desde los maestros y amigos a las personas que nos rodean y nos brindan infinidad de posibilidades para hacer el bien; desde los alimentos que nos sostienen y renuevan nuestras fuerzas a las plantas y los animales que nos hacen la vida más grata y nos dan múltiples lecciones de nobleza, fidelidad y entrega; desde las obras de arte y de pensamiento que nos ayudan a forjar el ánimo a las riquezas del entorno natural en el que vivimos o la historia, la lengua y la cultura de la comunidad en que hemos nacido.

Pero quizá lo que más directamente simbolice el caballo del héroe matador del dragón sea el cuerpo: el cuerpo en su función de colaborador y auxiliar del Espíritu. La realidad corpórea en cuanto que es el instrumento para la realización del rito y, por lo tanto, medio indispensable para la actualización de las fuerzas e influencias espirituales que han de permitir al hombre realizarse integralmente y vencer de manera definitiva a su enemigo interior. La cabalgadura a lomos de la cual el héroe alancea o asaetea al dragón viene a ser la representación de esa unidad orgánica que es el cuerpo en su totalidad y que se ofrece como soporte a la inteligencia en su combate contra las fuerzas del caos y la oscuridad. El cuerpo sacralizado, transformado y purificado por un contorno ritual y sacramental.

Es esa comunidad física, corporal --formada por manos, pies, pecho, espalda, brazos, piernas, ojos, boca, etcétera, y también por los órganos, conductos y fluidos internos (cerebro, pulmones, corazón, vísceras, sangre, nervios, venas y arterias)--, gracias a la cual el individuo puede lanzarse al combate espiritual. Son los ojos que le permiten mirar las imágenes, letras, signos y símbolos sagrados; los oídos que permiten escuchar la Palabra revelada, la enseñanza vehiculadora de la Sabiduría o los ritmos de la música sacra; la lengua que permite pronunciar el Nombre divino, realizar las oraciones, repetir los mantras y cantar los himnos sagrados; las manos que permiten hacer los gestos de la plegaria y el saludo a la Divinidad; la respiración que permite absorber el *prana*, ayudando a la concentración, la meditación y la purificación de la mente.

Se ha dicho muchas veces que el hombre es un centauro con una parte inferior animal y con una parte superior propiamente humana: racional, espiritual, intelectual. Este centauro es lo que simboliza la estrecha unión entre el jinete y su caballo. Unión entre caballo y jinete que es vivida con especial intensidad, como antes decíamos, en los pueblos de cultura guerrera --piénsese, por ejemplo, en el guerrero piel roja, en el noble samurai o el jinete mongol--, en los que el hombre vive y lucha a lomos de su caballo, contemplando el mundo desde la altura que le proporciona su inseparable y fiel corcel. Así vivía también la relación con su montura el caballero cristiano en la Edad Media, el cual tenía precisamente como patrón y arquetipo ideal al San Jorge montado sobre el caballo blanco. El jinete tradicional ve en el caballo, con el que se halla fundido por completo, no sólo un leal compañero leal, al que le unen lazos de afecto y múltiples experiencias vividas juntos (sobre todo, la vivencia de numerosas batallas, viajes y aventuras), sino una proyección de su mismo ser, casi un "otro

yo", con el que incluso se dialoga amistosamente. Se establece una continuidad entre hombre y animal; entre la animalidad de la cabalgadura que sirve de soporte o vehículo y la humanidad del guerrero que lleva las riendas, que dirige al noble bruto y se vale de él para conseguir su objetivo.

Como ejemplo de lo dicho se podría recordar los casos de Alejandro Magno y Bucéfalo, de Rolando y Vigilante, de Don Quijote y Rocinante, o el del Cid y su fiel caballo Babieca (sobre el que ganara batallas incluso muerto, cuyos restos reposan cerca de la primitiva tumba de su amo, jefe y compañero, ante las puertas del monasterio de San Pedro de Cardeña, en Burgos). Y no podría dejar de mencionarse el del Príncipe Siddharta, que posteriormente sería el Buddha, y su caballo Kanthaka, del cual cuenta la leyenda cómo relinchó de alegría al comprobar que era ensillado para que su amo pudiera emprender a lomos suyos el gran viaje hacia la Iluminación, tras haber decidido Siddharta abandonar el palacio en el que hasta entonces había vivido rodeado de boato y placeres. La leyenda de Buddha refiere también cómo éste se despidió de su caballo antes de retirarse al bosque a meditar, hablándole como se habla a un buen amigo y dirigiéndole palabras de consuelo y cariño. Kanthaka murió de pena pensando que no vería más a su amo, pero en premio a sus fieles servicios renació en el Cielo, tal y como le había prometido Siddharta. [43]

El cuerpo --y con él, en general, la realidad material o corpórea-- puede actuar como un aliado del Espíritu o como su enemigo. Puede moverse al servicio del Yo auténtico, del Hombre real, actuando como un elemento de liberación, como un valioso colaborador en el sojuzgamiento del ego rebelde, satánico y antidivino. Pero puede moverse también al servicio del ego, del yo falso e ilusorio, del hombre exterior y superficial, asumiendo entonces una función envilecedora, degradante. Lo primero ocurre cuando el cuerpo es sometido a una disciplina sagrada integral, siendo forjado en el ambiente virtuoso de "la gimnasia" y "la música", como pedía Platón. Lo segundo ocurre cuando queda abandonado, sin cultivo ni cuidado especial, entregado a los caprichos y tendencias viciosas de un ego desenfrenado.

Bien utilizado, el cuerpo es el mejor aliado en la lucha contra el dragón del ego. Baste recordar el ejemplo del Yoga, donde los miembros del cuerpo desempeñan una función capital en la realización de los *asanas* y donde la respiración juega un papel de primer orden en el apaciguamiento de la mente. "El cuerpo es un poderoso instrumento de salvación", dice con acierto Simone Weil. [44] Es gracias a esa su unidad o comunidad corpórea, en la que intervienen desde el tronco a las posaderas, desde la columna vertebral a las piernas y los brazos, desde el vientre a la cabeza, como la persona puede sentarse en meditación (en *Padmasana* o "postura del loto", en posición *Za-Zen*) para emprender la gran aventura de conocerse y conquistarse a sí mismo; pues es la quietud de esa postura física la que le facilita el concentrar su mirada interior hasta llegar al núcleo de su ser, adentrarse en lo más hondo de su intimidad y descubrir el misterio de su propia naturaleza, para después renovar y transformar su vida por entero.

Bien se puede concluir, por tanto, que el caballo que monta el héroe es la carne o realidad corporal en cuanto "encarnadura" o "cabalgadura" del Espíritu. La palabra "carne" cobra aquí una significación muy diversa a la que adquiere en el concepto cristiano de "la carne" como expresión del ego o del yo caído, al que ya hemos hecho referencia. Hay aquí una valoración positiva del cuerpo; todo lo contrario de la actitud despreciativa o denigratoria hacia el mismo en que tantas veces ha incurrido el ascetismo.

El Padre Victor Poucel ha sabido desarrollar de modo magistral estas ideas en su obra

Plaidoyer pour le corps (“Alegato a favor del cuerpo”). Hay que rehabilitar y cuperar, enfatiza Poucel, “la eminente dignidad de la carne, compañera inseparable del espíritu”. Aunque “degradada de su realeza primera”, la carne porta en el fondo un gozo de tender hacia la unidad perdida: “se presta todavía a fuerzas de ascenso que no proceden de ella, pero que ella no cesa de desear y que reconducen hacia el trono”. Quien observe con rigor la realidad, termina diciendo el citado autor católico, descubrirá que “el cuerpo revela a Dios y lo desea”. [45]

El cuerpo es nuestra cabalgadura que nos acompaña y nos porta a lo largo de la vida. Montura vital, sumiso compañero animal, fiel camarada de fatigas que hemos de tratar con cariño y cuidar con esmero. Es nuestro Babiaca, nuestro Rocinante o nuestro Kanthaka, al que debemos estar agradecidos por la noble ayuda que nos aporta, a pesar de lo mucho que le maltrata el ego.

Al igual que el Príncipe Siddharta, también nosotros tendremos que separarnos un día de nuestro leal Kanthaka, al llegar a la orilla del más allá... A la espera de que resucite, cuando suene la trompeta, para, resurgido en su más noble y radiante posibilidad, como idea en la Mente divina, volver a unirse de nuevo a nuestro Espíritu. Volveremos a cabalgar sobre él de nuevo por las grandes praderas de la Eternidad, junto a tantos buenos camaradas que tan fielmente nos acompañaron, bajo la amorosa y cálida mirada del Sol supremo, el Rey de los Cielos bajo cuyas banderas combatió aquí en la tierra.

5. La cabalgadura del héroe solar como “ego maduro”

Desde otra perspectiva, se puede ver en el caballo del guerrero divino una elocuente y viva representación del "ego maduro" de que habla Ramakrishna; es decir, el ego sumiso, servicial, dócil a la Verdad y a la Norma trascendente, disciplinado seguidor del Dharma. El ego que quiere someterse, que está dispuesto a inmolarse y a recorrer la vía que conduce a la liberación de sí mismo, aunque todavía existe como tal ego y no posee la fuerza necesaria para llevar a cabo el gesto liberador definitivo.

Si bien no está plenamente depurado y conserva mucho de su naturaleza bestial, horizontal o negativa, el ego en cuestión se muestra obediente a la Luz, y sabe ponerse al servicio de la Divinidad, con todo su equipamiento, para lanzarse al combate de la vida guiado por la Voz del Espíritu. Se trata, en otras palabras, de un ego que busca su propia aniquilación y que, por eso mismo, está ya en camino de superarse y trascenderse.

Esta es, precisamente, la situación normal de la mayoría de los seres humanos que deciden encauzar su vida por un sendero espiritual. Y así es siempre, forzosamente, la situación que sirve de punto de partida. El ego está todavía vivo, es fuerte y vigoroso, plantea sus exigencias con mayor o menor energía; no ha conseguido negarse, anularse o borrarse por completo. Pero, a diferencia de lo que ocurre con el ego rebelde y obstinado, que sólo busca afirmarse a cualquier precio y que quiere poner todo a su servicio, en este caso ese ego que aún alza la cabeza, en vez de acentuar su contumacia, decide ponerse al servicio de aquello que lo niega, que lo anula y disuelve; es decir, se entrega a algo que va en contra de su propia lógica egótica, con lo que inicia ya un saludable proceso de autosuperación. En lugar de encerrarse en el círculo vicioso de su propia inanidad, de su negatividad destructora, nuestro ego se abre a horizontes más nobles: se lanza por el camino de la Rectitud y de la Virtud; se quema sirviendo a la Verdad, el Bien, la Belleza y la Justicia. Y a través de esa inmolación servicial, irá creando las condiciones para una nueva situación en la que el ego ya

no cuente para nada y acabe desapareciendo de manera definitiva.

"Si no es posible deshacerse de este ego, entonces que el muy canalla quede como el servidor de Dios", decía Ramakrishna en un tono no exento de ese fino humor tan característico de los grandes maestros espirituales. Subrayando lo difícil que resulta anular por completo el yo, Ramakrishna enseña que el mejor método para conseguirlo es usar el atajo, más fácil y accesible para cualquiera, del sendero de la devoción, en el cual el ego es ofrecido a Dios y puesto a su entera disposición como su siervo, su amante, su soldado o su fiel seguidor. El maestro de Dakshineswar llama a este ego sometido a la Voluntad divina "ego maduro", "ego servidor", "ego devoto", "ego niño", "ego filial" o "ego del Conocimiento". Y marcando las diferencias entre este "ego maduro" y el "ego inmaduro", egocéntrico y poseído de sí --al que también llama "ego ignorante" o "ego perverso"--, que es el que normalmente gobierna a los seres humanos, señala que este último nos lleva a decir cosas como estas: "Yo soy el hacedor. Yo soy el autor de mis actos y obras. Soy hijo de una buena familia, Soy guapo, rico, inteligente, poderoso. ¿Cómo pueden atreverse a desairarme o llevarme la contraria?" Por el contrario, el hombre que conserva su ego, pero que lo ha ofrecido a Dios y tiene su mente puesta en Él, dice: "¡No yo, no yo! Yo no soy nadie; oh Señor, Tú eres el Hacedor y yo soy Tu servidor; Tú eres el amo". Sabe que todo cuanto él personalmente es, cuanto tiene y cuanto hace pertenece a Dios. Abundando en esta misma idea, Ramakrishna aclara en otra ocasión que cuando el ego asume esta función de servicio divino, pierde su connotación dañina, pues deja de ser un ego propiamente dicho, y ya "no crea apego alguno". "No hay daño en la conciencia del yo que nos hace sentir que somos hijos de Dios o Sus servidores. Este ego no es en realidad un verdadero ego". Y compara a dicho ego servicial, distinto de los egos que atormentan y pierden a los seres humanos, con la sílaba sagrada *Om*, que es distinta del resto de los sonidos.[\[46\]](#)

Siguiendo la terminología de Ramakrishna, cabría decir, por consiguiente, que el dragón simboliza el "yo inmaduro", el ego perverso, insubordinado y caprichoso, rebelde al orden cósmico y a la Voluntad divina, dominado por un impulso separatista, por la tendencia contraria al amor y a la unidad, mientras que el caballo encarna al "yo maduro", que, si bien sigue viviendo en la ilusión de la separatividad, busca la unidad y, movido por el amor, se pone al servicio de Dios, del Uno supremo, del espíritu y de la Verdad absoluta, con lo que se irá aproximando a la meta de la aniquilación del ego.

El caballo blanco del héroe es el ego blanqueado por la decisión de autoanularse, depurado e iluminado por la luz de la Verdad bajo cuya bandera combate. El ego que acepta ser siervo y montura del Espíritu en su acción anti-ego. Y no sólo eso, sino que además se une entusiastamente a la lucha sagrada. Hace suya la guerra contra el ego, o sea, la guerra contra sí mismo. Con todo el ímpetu de que es capaz se lanza, cual brioso corcel guerrero, contra el dragón que tiene ante sí, obedeciendo siempre con docilidad y lealtad a la voz del Espíritu que es quien tiene las riendas. En lugar de tratar de desmontar al jinete divino que tiene sobre sí, procura identificarse con él, seguir sus órdenes sin la menor vacilación, unirse a su empeño combativo y hacer todo lo que esté de su parte porque el caballero que lleva a sus espaldas alcance la victoria.

Quien se sitúa en esta postura puede repetir y hacer suya la jaculatoria que Ramakrishna dirigía incesantemente a Dios, y en la cual se describía a sí mismo como el vehículo, instrumento, soporte o cabalgadura de la Divinidad. Ramakrishna solía exclamar: "yo soy el elefante, Tú eres el Kornak" (recordemos que el *kornak* es la persona que monta y dirige al elefante) o "yo soy el carro, Tú eres el Auriga", frases con las que expresaba su aceptación de la Voluntad divina y el reconocimiento de que Dios es la Fuerza que lo mueve, el

verdadero Autor de todas sus acciones. Parafraseando esta oración del místico hindú y evocando los ya aludidos ingredientes simbólicos que intervienen en la escena de San Jorge luchando con el dragón, quien asume con plena convicción la actitud del "yo maduro" o "ego devoto" puede decir: "yo soy tu montura, Tú eres el Caballero", o bien "yo soy el caballo, Tú eres el Jinete; dirígeme como quieras".

El caballo es la buena voluntad, aquella que aporta la paz y el orden. La que ensalzan los ángeles en el anuncio de la Navidad: "paz en la tierra a los hombres de buena voluntad". La voluntad sana, no egoísta, abierta a la Verdad, dispuesta al sacrificio, movida por el amor y la sabiduría; la voluntad animada de buena intención y con una orientación sapiencial que hace que esa buena intención sea realmente buena, realizadora del bien y no se pierda en vaguedades ni acabe haciendo estúpidamente el mal o promoviendo el error (corroborando así el dicho popular "el infierno está lleno de buenas intenciones"). El dragón, en cambio, es la mala voluntad: la voluntad enferma, pervertida, puesta al servicio de intereses egoístas, inspirada por el desamor, cuando no por el odio. El subjetivismo que todo lo distorsiona, deforma y manipula para interpretarlo o encauzarlo en función del ego, para ponerlo al servicio del propio egocentrismo. La actitud arbitraria que se escuda en la demagogia, que se vale de subterfugios y malas artes mentales para salirse con la suya, aunque a veces se disfraza de una apariencia de buena intención, siendo en realidad mala intención, intención errónea y equivocada, por la falta de luz que la ilumine y oriente, así como por el exceso de "amor propio", "propio juicio" o "propia voluntad".

Dos bestias de significado bien distinto se hallan, pues, frente a frente en el cuadro de la lucha con el dragón. De un lado, una bestia clara, bella, mansa, amistosa, sumisa y bien domada, atenta a la voz del jinete, servidora de lo humano; es el cuerpo que se subordina al Espíritu o el ego maduro que acepta su posición subalterna y se ofrece como montura para la guerra santa. De otro lado, frente a ella, tenemos una bestia oscura, fea, horripilante, iracunda, furiosa, rebelde, monstruosa, hostil a lo humano; es el ego-dragón que se opone con furia a todo lo que intente derribar su poder o someterle; el yo que va a su aire, que hace y deshace a su antojo, que no está dispuesto a someterse a nada ni a nadie, que no se atiene a norma alguna de carácter objetivo ni obedece a ningún criterio superior, trascendente. Dos bestias que se hallan presentes dentro de cada uno de nosotros. De hecho, el ego sumiso, aun cuando se haya decidido resueltamente por la causa del Bien y de la Verdad, tiene que hacer frente continuamente al ego rebelde que sigue oculto, siempre al acecho, emboscado en el subsuelo del alma, esperando cualquier ocasión para aniquilarle y devorarlo.

Todos estos significados simbólicos del caballo se ven acentuados en aquellos casos en que este último aparece dotado de alas, como ocurre por ejemplo con Pegaso, el célebre caballo volador montado por Belorofonte, el vencedor de la quimera (no puede dejar de mencionarse el detalle altamente significativo de que Pegaso es también el portador del rayo de Zeus y que es Atenea quien enseña a encontrarlo y domarlo). Esas alas ponen de relieve la función elevadora y enaltecida que desempeña la realidad corpórea, racional y sentimental que el héroe toma como apoyo para llevar a cabo su gesta interior. La docilidad a la voz del Espíritu que muestra ese soporte vivo sobre el cual el héroe cabalga, lo purifica, lo ennoblece y lo eleva; le da alas para ascender hacia niveles superiores desde los que es más fácil divisar y observar al enemigo, planear el combate contra el monstruo abisal y asestarle el golpe mortal. Gracias a esas alas, símbolo del vuelo espiritual, puede el héroe elevarse encima de lo vulgar, de lo horizontal y de lo rastreramente material, escapando así a las garras del dragón que ruge amenazador allá abajo.

6. Las armas de la luz

Por último, hay que decir algunas palabras sobre el simbolismo del arma utilizada por el *Drachenkämpfer*. La lanza, espada, flecha, hacha o maza que el héroe blande y con la cual da muerte al dragón es el símbolo del rayo de luz, aquel *raggio dell'alta luce* de que habla el Dante.^[47] Rayo de luz que inmediatamente asociamos al rayo solar, fuente de toda luz, pero que también puede ser asimilado al rayo meteórico que, junto con el relámpago, rasga el cielo en medio de la tormenta, iluminando de forma repentina con su luz fulgurante la oscuridad del firmamento (en la lengua española, la conexión entre ambos fenómenos, el rayo solar y el rayo de la tormenta, se refleja incluso a nivel semántico, por el uso de la misma palabra "rayo" para designar a uno y otro).

Las flechas de Apolo, el dios arquero que es Sol de la inteligencia y la armonía, y el *vajra*, cetro o rayo de Indra, resplandeciente y "labrado en oro" según la descripción del *Rig-Veda*, constituyen claros ejemplos de tal simbolismo.^[48] Tanto en un caso como en otro, nos encontramos con el rayo luminoso como símbolo de la fuerza espiritual, de la influencia iluminadora y fulgurante que desciende de lo alto, del poder de la verdad que con su mera presencia disipa las tinieblas de la ignorancia o ceguera espiritual (la *avidya* de la tradición oriental) y extingue el fuego de la pasión.

El *vajra* de Indra ha sido definido precisamente como "el rayo o resplandor de relámpago de la percepción iluminada, el poder fulgurante de la Palabra divina que es el Sol de la Mente alumbrada".^[49] En el Budismo tibetano, que también recibe el nombre de *Vajrayana*, "Camino del Vajra" o "Camino del Rayo", el *vajra* o *dorje* --voz tibetana para designar al rayo-- es el "cetro de diamante", la fuerza pura e invencible de la luz intelectual a la que nada puede resistirse, el arma de la Liberación y la Iluminación. Representa "la pureza, resplandor e indestructibilidad de la Conciencia-de-Iluminación (*bodhi-citta*; tibetano: *byan-chub-sems*)".^[50] El simbolismo solar a que antes aludíamos se ve subrayado por la naturaleza áurea del arma draconicida: se trata por lo general de una flecha, espada o lanza de oro, y el oro es el metal del sol por excelencia.

En algunas obras herméticas se hace explícita referencia a este simbolismo luminoso de las armas con las que el héroe solar da muerte al dragón, así como a la imposibilidad de vencer a éste sin la luz invencible que irradian tales armas o, mejor aún, que constituye el material mismo de que están hechas. Es el caso, por ejemplo, de un texto anónimo citado por Titus Burckhardt que lleva por título *Purissima Revelatio*. En este tratado alquímico se compara la Naturaleza sobre la que opera la obra de transformación con "un frondoso bosque en el que muchos penetraron para arrebatarle sus secretos", añadiéndose a continuación que la mayoría de ellos "fueron devorados porque no poseían las armas luminosas, o sea, las únicas que pueden vencer al terrible dragón que guarda el vellocino de oro".^[51] Únicamente las armas de la luz pueden, en efecto, derrotar al dragón del ego; únicamente ellas pueden echar por tierra su monstruosa mole y acabar definitivamente con su poder, pues son las únicas capaces de deshacer la alucinación que lo sostiene y alimenta.

Materialización simbólica del rayo --ya sea el rayo de sol o el rayo que descarga con la tormenta--, el arma que traspasa la masa informe constituida por el cuerpo del dragón no es otra cosa que el rayo luminoso de la sabiduría clavándose e las carnes del monstruo egótico, abriéndose paso a través de la noche oscura y tormentosa del ego. Con la misma fuerza con que el rayo rompe la negrura del cielo encapotado, la lanza o flecha sapiencial rasga el velo de las negras nubes con que la ilusa conciencia egolátrica envuelve al ser humano.

El poder invencible de la lanza o espada que empuña el héroe solar nos habla, pues, de

la fuerza victoriosa de la Verdad, de su invicta potencia que no puede ser resistida por la mentira y el error, sustancia nutricia del dragón. Al hundirse en las carnes del monstruo egocéntrico, el arma de la verdad pone en evidencia su falsedad e inconsistencia; muestra que éste no es sino mera ilusión, producto del autoengaño, y lo desarma y anula de manera definitiva; derriba el andamiaje ilusorio en que se asienta la falsa creencia en un yo independiente y soberano, separado de su Principio trascendente y del resto de la existencia. Es lo que el Zen llama "ver en la propia naturaleza"; un ver que, como nos enseña el *Himno de la victoria* entonado por el Buddha tras su Iluminación, desarma al *gahakaraka* o "constructor de la celda" en que vivimos prisioneros y nos lleva a descubrir el Yo absoluto, la Budeidad o Naturaleza-Buddha, el Espíritu libre o *Atman* que esencialmente somos.[\[52\]](#) Muy certeramente, David Frawley interpreta la acción de Indra al atravesar a Vritra con su *vajra* como "el arquetipo del Ver dentro de nosotros (*Seeing within us*) por medio del cual nos convertimos en todo lo que vemos y en el Vidente de todo (*the Seer of all*)"; es decir, la vía a través de la cual triunfa en nosotros "el Hombre espiritual" que es "el Sol del mundo" y llegamos al *Knowledge of the Self* o "conocimiento del Sí-Mismo".[\[53\]](#)

Expresando esta idea con la terminología técnica de el *sadhana* hindú, podemos decir que el rayo, flecha o lanza que da muerte al dragón es el arma del *vichara*, de la investigación o indagación sobre la verdad del propio yo. Es la pregunta "¿Quién soy yo?", la cual, formulada a la luz de la Verdad --esto es, con seriedad y autenticidad, con una total implicación de nuestro ser, yendo hasta el fondo-- rompe el caparazón, la cáscara superficial o corteza endurecida con que el yo se protege; traspasa los diversos revestimientos o máscaras que recubren el propio ser y llega hasta sus más profundos estratos; destruye la ilusión egocéntrica y acaba desvelando la realidad que dicha ilusión impedía ver.

Ramana Maharshi recomendaba precisamente el *vichara*, la búsqueda de la realidad del yo, como la mejor arma "para matar el ego" (*for killing the ego*). Se trata de una práctica que, por penetrar sin contemplaciones a través de las envolturas relativas del yo y por ir al corazón del ser, como un rayo en medio de la oscuridad de la tormenta, "destruye los obstáculos a la revelación del *Self*", del Sí-Mismo o Yo auténtico, y conduce a la "conciencia pura". Gracias a ella, decía el Maestro de Arunáchala, "desaparecerá el falso yo y será realizado el Yo real".[\[54\]](#) "La lucidez os liberará", proclama Nisargadatta Maharaj, el cual, enseñando "la vía de la liberación por la comprensión", insiste asimismo en la necesidad de esforzarnos por descubrir quién somos realmente, de "mirar en nosotros mismos con aplicación", como único camino para cortar el nudo gordiano de la autoidentificación con el cuerpo y con la mente.[\[55\]](#)

No se trata de un indagar de forma inquieta, contrita o atormentada, a la búsqueda de una sensación de culpa y remordimiento o de cualquier otra conmoción sentimental, sino de un mirar sereno, apolíneo, luminoso, puramente objetivo, que se limita a contemplar imparcialmente la realidad, sin emitir juicio alguno. Tras afirmar que la mente verdadera, que constituye nuestra auténtica naturaleza, es la "mente que mira" (*the watching mind*), el maestro Shunryu Suzuki da el siguiente consejo para llevar a la práctica ese "ver en la propia naturaleza" propugnado por el Zen: "de instante en instante mirad vuestra respiración, mirad vuestra postura". Y agrega que deberíamos auscultarnos continuamente, como un médico a su paciente.[\[56\]](#) Dicho con otras palabras: se trata de observar atentamente nuestro estado interior, junto con los gestos y movimientos corporales a través de los cuales se expresa, en todas y cada una de las vicisitudes de la vida cotidiana.

Esto nos hace volver a lo que antes decíamos sobre la postura de meditación como medio o técnica para alcanzar el conocimiento de sí mismo. Sentados en la postura del loto,

nos ponemos en disposición de recibir el lanzazo del Logos eterno, el flechazo del Héroe celeste o Héroe de los héroes que llevamos dentro. Un lanzazo milagroso que, como el de Longinos, devuelve la visión y pone fin a la ceguera espiritual. Sumidos en el silencio y la quietud, nos preparamos para recibir el rayo fulminante de la Verdad que traspasa la totalidad de nuestro ser y nos llena de luz. La misma postura del loto, sentados con la espalda bien recta y cabeza erguida, parece reproducir la figura simbólica de una lanza o flecha que apunta hacia lo alto, símbolo a su vez del Eje que une Cielo y Tierra. Y algo semejante transmite la sensación interior asociada a tal postura. Es como si una lanza de luz descendiera del Cielo y se clavara en nosotros, recorriéndonos por entero, hasta tocar la base misma de nuestro ser. Es como si esa lanza luminosa escudriñara los fondos de nuestra alma y desvelara el misterio de nuestras entrañas. Y llegada al fondo, habiendo tocado la base de la Tierra, esa misma lanza invierte su curso y se proyecta hacia lo alto, recorriendo de nuevo todo nuestro ser, sólo que esta vez de abajo a arriba. Es la corriente espiritual, la energía de *Kundalini*, que se despierta y sigue la trayectoria ascendente de la columna vertebral hasta llegar a la cima de la cabeza (el chakra *Sahasrara*), punta de la lanza.

La lanza que da muerte al dragón se transmuta, por tanto, en lanza que libera y da vida a las más altas posibilidades latentes dentro del ser humano. La flecha que apunta hacia abajo, hacia lo material y terreno para penetrar en los niveles inferiores de la horizontalidad --esos niveles en que se mueve la vida dracontina del ego--, se transforma en la flecha de la vocación ascendente que apunta hacia las alturas celestes.

7. La espada que da muerte y vida

Como el rayo de sol, como el rayo que cae implacable sobre la tierra acompañando a la lluvia, el *vajra*, rayo o arma draconicida tiene un doble poder: aniquilador y vivificante, destructor y creador, dador de muerte y de vida. Aniquilador, por un lado, de lo falso, de lo negativo, de lo carente de valor, de lo inauténtico y arbitrario; pero, por otro, vivificador de lo verdadero y genuino, de lo positivo y valioso, de lo profundo y auténtico, de lo que es conforme a la Ley.

Ese rayo cuajado en lanza, flecha o espada ejerce una función constructiva y creadora porque destruye las potencias mismas de la destrucción, porque aniquila al "destructor", al "obstaculizador" u "opresor" por excelencia que es el ego, y con él todo cuanto obstaculiza la libre acción del Principio de vida.[\[57\]](#)

De la espada de Fudo, el vencedor del dragón en la tradición budista, dice Suzuki que es una espada que "mata y vivifica, según el estado de ánimo o posición mental de quien a ella se aproxima"; pues su acción fulminante y destructora va dirigida hacia nosotros mismos, siendo su misión matar nuestra propia ambición, nuestro furor y nuestra locura, lo cual contemplado con la recta actitud mental equivale a darnos la vida.[\[58\]](#) Este doble poder, aniquilador y vivificante, es el que tiene también la espada de doble filo del Verbo divino o Sol de los hombres, espada que es una misma cosa con la Lengua del Logos, según la descripción simbólica del *Apocalipsis*.[\[59\]](#) De las saetas que son las palabras de Dios, decía San Agustín que, con su virtud de traspasar el corazón, por un lado tienen el poder de herir (*vulnerare, sagitare*), pero por otro lado pueden excitar y despertar (*excitare*).[\[60\]](#)

Y ya que hablamos del arma para conducir el combate contra el dragón del ego, no estará de más dirigir la mirada a la filosofía de las artes marciales y más concretamente a aquellas dos artes en las que se emplea un arma, como son el Kendo y el Kyudo, la esgrima

y la arquiería japonesas, que tienen como medio instrumental la espada y el arco y flechas respectivamente --dos armas que, por cierto, juegan un papel capital en el mito de la lucha con el dragón--. Es curioso observar con qué meridiana lucidez se halla recogido y expuesto en esas milenarias disciplinas guerreras el entramado de ideas que hasta ahora hemos venido analizando.

Especialmente instructivas son las páginas que sobre este tema ha escrito Reibun Yuki, experto en el arte del Kendo, la "Vía de la espada". Comentando las enseñanzas del maestro Takuan, Reibun Yuki subraya que "la espada verdadera y milagrosa" tiene la doble capacidad de dar la vida y de quitarla. Y ello, en virtud de su fuerza integradora y purificadora, como arma que está al servicio de la Verdad y la Unidad. Tiene ciertamente el poder de matar, pero también puede "despertar la vida". Es capaz de dar la muerte, ciertamente, porque puede acabar con cualquier enemigo exterior, pero también, y sobre todo, porque acaba con el propio enemigo interior, es decir, porque mata al ego. Pone fin a la vida del "pequeño yo", "el yo atado e interesado", que vive en la parcialidad y el enfrentamiento y que, por eso mismo, está siempre a la defensiva; ese yo que sólo sabe defender su postura o posición (*Stand*) y que ve al prójimo como un "objeto" (*Gegen-Stand*) que está frente a él, ya sea para atacarle (como rival y enemigo) o para aprovecharse de él, para recabar su ayuda y ponerle de su parte (como socio y aliado). Pero la espada tiene también un poder vivificante, puntualiza el diestro esgrimista nipón, porque nos permite descubrir y conquistar la "Gran Vida", la vida auténtica y plena, "la Vida tensa del Espíritu", "aquella en que el hombre abandona su pequeño yo para fundirse con el Gran Yo y morir en la Gran Justicia".

"La verdadera imagen de la vida --afirma Reibun Yuki-- sólo surge allí donde el yo personal es superado y aparece finalmente el Yo verdadero". Este sentido de la espada queda truncado cuando el individuo que la maneja se halla aprisionado por el yo: entonces la espada no puede ya "despertar la vida". Esgrimida por tal sujeto, incapaz de liberarse de la mente egótica discriminante y dualista, la espada pierde su más alta función y se convierte en todo lo contrario de lo que debiera ser; en sus manos será exclusivamente un arma de muerte, un instrumento de la violencia cuyo uso puede resultar nefasto tanto para el mismo individuo que la maneja como para cualquiera que pase a su lado.

Para extraer de la espada toda su fuerza positiva, hay que superar la mentalidad diseccionadora que todo lo ve en términos de yo y no-yo. Sólo entonces desplegará su doble potencia. Como dice Takuan, "hay que tener siempre a la vista lo Uno, donde Cielo y Tierra no están separados y donde el *In (Yin)* y el *Yio (Yang)* todavía no acusan su presencia". Es ahí, en la Unidad indivisa, anterior a la división sujeto-objeto, donde se encuentra el secreto del arte de la esgrima, que es el secreto del renacimiento interior. "La verdadera esencia de la espada --comenta Reibun Yuki-- se revela únicamente con el descubrimiento del Yo auténtico y verdadero, el cual vence, destierra y aniquila a cualquier tipo de yo personal". Entonces, una vez que ha sido por completo aniquilado el yo meramente individual, desaparece de por sí el enemigo exterior. Ya no hay enemigo posible, y el hombre se sitúa en la Victoria pura y suprema.[\[61\]](#)

Casi en los mismos términos se expresa Kenran Umeji, maestro del Kendo, para el cual la maestría en el arte del tiro con arco --lo que es tanto como decir la maestría en la vida-- consiste en la muerte del ego, "el morir por completo del yo". Un morir que es al mismo tiempo renacer. Explicando el significado de semejante morir del yo, Umeji aclara que se trata de "la muerte del yo que está aprisionado en la oposición a lo absoluto y lo relativo". Es "aquella muerte que nos sitúa en la libertad de vida y muerte, que nos eleva por

encima de vida y muerte, llevándonos así a descubrir nuestro verdadero corazón, nuestro auténtico ser, y a disolvernó en aquella vida que está más allá de vida y muerte". Tras semejante muerte, el hombre renace en el Tao, que es "la Gran verdad", "la Gran Pureza" y "la Gran Justicia". [62]

El arma que da la muerte y la vida --muerte para el ego o pequeño yo, vida para el Espíritu o Gran Yo-- es el arma de la sabiduría y el amor. El arma del amor divino, que es al mismo tiempo sabiduría: una sabiduría que es amor y un amor que es sabiduría; una sabiduría cálida que envuelve amorosamente todo y un amor lúcido que todo lo penetra iluminándolo y que no deja nada fuera de su abrazo transformador.

8. La pesca prodigiosa y el arpón de la pura objetividad

A propósito de ese ver en la propia naturaleza, ese mirar con lucidez dentro de uno mismo al que antes aludíamos, es oportuno señalar que la visión, la mirada o el acto de ver --al igual que la lucidez y la claridad que han de acompañarlos-- son inseparables de la luz y van ligadas, por tanto, al simbolismo del rayo solar, que es precisamente lo que simbolizan el *vajra*, la espada, la flecha o la lanza.

El ver dentro de uno mismo viene a ser como la acción de Horus sumergiendo su lanza o arpón en las aguas tenebrosas en busca del Apofis que en ellas se oculta; o como el acto de Thor al arrojar, cual sonda que llega hasta el fondo del mar de la conciencia y del subconsciente, su hilo de pesca --una vez más, el simbolismo del rayo luminoso: la luz como hilo sutil que penetra y enhebra la realidad--. Pocas imágenes hay tan certeras y elocuentes como este deportivo, desinteresado, heroico, gnóstico gesto del Hércules germánico, dejando que se hunda en las procelosas aguas marinas el sedal con el anzuelo que ha de localizar y atrapar al monstruo de las profundidades, para mirar después cara a cara a la serpiente que aflora furiosa desde los abismos y golpear su cabeza con el poder de su martillo relampagueante, forjador de la tormenta, tormenta que no es otra cosa que la conmoción que tiene lugar en el propio ser a consecuencia de gesto tan decisivo.

Ese golpe que el Thor pescador asesta a la serpiente-dragón con su poderosa arma, que es como un machado uránico, a la vez maza implacable y hacha de doble filo, simboliza el golpe que hemos de propinar al yo egocéntrico una vez que hayamos conseguido salga a la superficie desde los fondos abisales del alma. La invencible y luminosa hacha con que nos ha dotado la Providencia debe servirnos no sólo para decapitar al ego rebelde, en cuanto haya caído en nuestras redes, sino también para abrir nuestras carnes, de tal modo que en ellas penetre el aire renovador del Espíritu.

Existe una llamativa coincidencia entre la acción del dios germánico del rayo haciendo morder el anzuelo a la Serpiente de Midgard y la del Yahvéh hebreo pescando con anzuelo al Leviatán, para después atravesar su cabeza con el arpón, a la que ya nos hemos referido en capítulos anteriores (*Job*, 40, 20-26). Mayor aún, si cabe, es la coincidencia que esa imagen de Thor sacando al monstruo de las aguas --sobre todo en la interpretación microcósmica, interior y psicológico-espiritual, que aquí le hemos dado-- presenta con las palabras que el Profeta Ezequiel pone en boca de Yahvéh, refiriéndose al cocodrilo o dragón que personifica emblemáticamente al Faraón, en cuanto símbolo del ego rebelde, según ya hemos tenido ocasión de ver: "Yo te pondré garfios en las quijadas (...) y te sacaré de en medio de tus ríos, así como a los peces de tus ríos, adheridos a tus escamas (...) Te arrojaré al desierto (...) y atraeré sobre ti la espada". [63]

La imagen del Thor pescador evoca también la figura del "Rey pescador" de los poemas del ciclo del Grial, el cual pesca con anzuelo de oro en las aguas de un río próximo al castillo del Grial, y en el que se ha visto a menudo un reflejo de la caracterización de los apóstoles de Cristo como "pescadores de hombres". Obsérvese la presencia del simbolismo áureo, ligado a su vez al simbolismo solar: el anzuelo de oro como extremo del hilo luminoso que ilumina las profundidades de la materia o de la vida creada y, al hacerlo, atrae hacia sí al alma, tirando de ella hacia o alto. [64]

Hay una antigua leyenda estonia que resulta también muy interesante en relación con este tema, pues aporta nuevos elementos simbólicos para la interpretación espiritual del acto mítico de la pesca divina y el rescate del tesoro. Dicha leyenda relata cómo el inconsciente hijo del *Donnergott* o dios de las tormentas, engañado por el diablo, robó a su padre la cornamusa que éste usaba para producir los truenos y los rayos, con lo que deja de llover y se secan los campos. El dios de las tormentas, al percatarse del robo, hace confesar a su hijo lo ocurrido y, para recuperar su preciada gaita, se viste de pescador y se dirige al mar, donde pesca al diablo, que le devuelve el objeto robado, su cornamusa mágica, la cual, al ser tañida por su propietario divino y salir de ella los primeros acordes, hace que vuelva a llover. Friedrich von der Leyen pone en relación este cuento estonio, así como otros mitos similares de los lapones --que hablan, bien de la pérdida del martillo productor de los rayos, bien del rapto y cautiverio del dios del trueno--, con dos de los más significativos episodios que aparecen vinculados al Thor germánico: el del robo de su martillo (robado por un gigante que lo oculta bajo tierra) y el de la pesca en alta mar, que le lleva a extraer del fondo marino a su archienemigo, el *Midgardsorm* o serpiente-dragón de Midgard. En todos estos mitos --comenta Von der Leyen-- encontramos el mismo esquema básico: un largo período de sequía, seguido de lluvias y tormentas al ser liberado el dios o recuperado el instrumento o arma que domina las nubes y, con ellas, las aguas celestes. [65]

Obsérvese el hecho significativo de que el *Donnergott* es privado de su martillo o instrumento desencadenador del rayo mientras duerme. Dato que se une al motivo no menos significativo del ocultamiento en los fondos marinos o en las profundidades de la tierra; o sea, allí donde no llega la luz del sol. Es, en efecto, cuando el hombre está sumido en el sueño de la ignorancia, cuando su Intelecto, su Conciencia o Mente superior duerme bajo el peso de los sentidos y las pasiones, cuando el ego aprovecha para arrebatarse el arma de la luz, la fuerza espiritual de la que dependen su libertad y su poder. Y es en las profundidades del inconsciente, en ese fondo impenetrable, informe y tenebroso, acuático o telúrico, donde se oculta el ego y donde oculta también el producto de su rapiña. Es de ahí de donde habrá de sacarle el anzuelo luminoso del héroe solar que es nuestro guía interior.

El ego, como antes decíamos, no puede vivir en la luz; es esencial y visceralmente fotóforo, hostil a todo lo que sea claridad, lucidez, luminosidad, veracidad, imparcialidad objetiva. La oscuridad y el aire enrarecido, la negrura de la noche o de la caverna en que se resguarda, la imprecisión y confusión de las aguas, la turbiedad de lo inconsciente, la vida pantanosa del subjetivismo y el piélago cenagoso de la irracionalidad pasional o sentimental lo fortalecen. De él se puede predicar lo mismo que de la Hidra vencida por Hércules, de la que se decía que "disimulada en el agua, era inatacable". [66] El simple acto de arrojar un rayo de luz lo desarma por completo, lo deja inerme e inofensivo. Por eso, no hay mejor arma para derrotarle que la persistente y tenaz formulación de ese interrogante "¿quién eres tú?" o "¿quién soy yo?" que es en sí mismo un poderoso dardo luminoso lanzado al tenebroso abismo que le sirve de refugio y reducto inexpugnable. Como ocurre con un ladrón o una cucaracha cuando, moviéndose al abrigo de la oscuridad de la noche, se ven

sorprendidos por un resplandor repentino que penetre en la habitación que saquean, lo que les lleva a buscar precipitadamente la huida, el ego ve desmoronarse su poder, huye y se repliega acobardado, al caer sobre él la irresistible luz del día, la insobornable fuerza de la verdad.

Basta con asumir esa postura de lúcida objetividad que implica el *vichara* para encaminarse por el sendero de la victoria y lograr vencer al dragón del ego. Pues, como dice Frithjof Schuon, ser perfectamente justo, imparcial y objetivo --eso tan difícil para la naturaleza humana-- "es un poco morir".[\[67\]](#) Es, en efecto, un morir a sí mismo, a la egoidad interesada, a la parcialidad del yo arbitrario y narcisista, a todo aquello que desde el fondo de nuestra subjetividad impura y pasional deforma la objetividad de lo real para imponer su propio criterio o conveniencia. Mirar las cosas imparcialmente, sin apasionamiento y con ánimo de verdad, significa no tolerar que interfieran lo más mínimo en la percepción de la realidad nuestras preferencias conscientes o inconscientes, nuestro partidismo innato, nuestra congénita tendencia a la manipulación de los hechos. En suma: eliminar todos los mecanismos, argucias y subterfugios que crea el ego para manejarnos y manejar la realidad a su antojo; lo que es tanto como decir, matar la egoidad en su misma raíz.

Vivir con imparcialidad y objetividad, afirma Shunryu Suzuki, significa "morir como pequeño ser un momento tras otro". Es vaciarnos y olvidarnos en medio de las experiencias de la vida, detener y diluir nuestra "pequeña mente", condicionada y limitada, para abrirnos a la "mente plena", es decir, para realizar la "Gran Mente" o "Mente de Buddha" que está siempre con nosotros, pues es nuestra naturaleza verdadera.[\[68\]](#) Significa contemplar las cosas con una mente tan insobornablemente objetiva, tan ecuánime y desapasionada, que es "no-mente", "mente anterior-al-pensar" (*before-thinking mind*) o "mente que no se mueve" (*not-moving mind*), como dice el Maestro zen coreano Seung Sahn.[\[69\]](#)

Estamos llamados a ser pescadores de nosotros mismos. Pescadores en las aguas revueltas en que se cobija el ego y que él mismo enturbia intencionadamente. Como el bravo y fuerte Thor, tenemos que aventurarnos en alta mar para pescar la Verdad que mora dentro de nosotros mismos, ansiosa de morder el anzuelo para salir a flote y alumbrar nuestra vida. Lanzando al fondo el sedal de oro de la mente, hemos de estar dispuestos a descargar nuestra maza o hacha sobre la cabeza del monstruo que, emergiendo de las profundidades, intentará suplantarla.

Decidirse resueltamente por la Verdad, sometiendo a sus dictámenes la totalidad de nuestra vida y dejando que su luz penetre hasta los últimos entresijos de nuestra conciencia, es empuñar el contundente y radiante Myolnir, martillo de Thor; hender con el *vajra* de Indra, Rey del cosmos, la montaña del propio ser junto con la cabeza del dragón Vritra que la rodea y aprisiona. Encauzar la propia existencia por el camino de la lucidez, la imparcialidad y la veracidad, significa embarcarse en la nave regia y solar de Ra, imitar su combativa singladura cósmica y hacer que la sangre del Apofis que reptaba en las profundidades de nuestro subconsciente tiña con el rojo de una aurora victoriosa el horizonte de nuestra vida.

9. El martillo de Thor y la tormenta regeneradora

"A Dios rogando y con el mazo dando", reza un refrán español, cargado de sabiduría. Ese mazo con el que hay que dar o golpear, es el martillo de Thor, demolidor de obstáculos,

golpeador de gigantes, iluminador y aclarador, abridor de cauces para la luz y la vida. El mazo o martillo del esfuerzo lúcido que machaca y aplana al rebelde ego, hasta hacerlo receptivo a la influencia de lo alto. La maza que tritura la dura cabeza de nuestro ego para que se abra y en ella entre la luz. Tenemos que golpear nuestra propia individualidad con ese mazo potente, pero al mismo tiempo rogando a Dios para que su gracia se haga presente en tan contundente arma, y así el golpear se haga más luminoso, más efectivo.

Para vencer en el gran combate necesitamos de la inspiración que viene de lo alto –ese aliento iluminador que el Cielo insufla dentro de nuestra inteligencia--, pero esta inspiración sólo vendrá si va precedida y acompañada por un duro esfuerzo. Como siempre ocurre en la vida, no hay inspiración sin golpear insistentemente el yunque de nuestra tarea. Para estar realmente inspirado en lo que hago, tengo que abrirme a la acción del Cielo (lo que se expresa en el “rogar a Dios”), pero de nada serviría esto si no he forjado previamente con los golpes continuados de mi martillo, aplanándola y allanando bien su fondo, la copa o crátera de mi ser en la que se ha de recoger el influjo de tal acción celeste.

Con el martillo sagrado en forma de T (la T del trueno, la T de Thor y de Tiago –*San-Tiago*--, la T de la cruz Tau) podré conseguir transmutar las dificultades y contratiempos en medios de purificación, en oportunidades para mi ennoblecimiento y elevación espiritual. Usándolo con destreza lograré pulirme, cincelarme y construirme, hasta que mi persona semeje a la *Irmingsäule*, la Columna cósmica de la primitiva tradición germánica, emblema del Yggdrasil, el Árbol universal, Árbol de la Vida y del Destino, Árbol del Sol y de la Victoria, el cual, creciendo en forma de T o Y estilizada, abre su copa de doble rama, como si fueran dos brazos abiertos en ofrenda o adoración, cual recipiente o cáliz dispuesto a recoger las bendiciones que vienen de lo alto.

Martilleando sin cesar, actuando como herreros a lo divino, fragüemos con el metal fundido que somos nosotros mismos una gran campana que lleve grabado el signo del trueno y que resuene con voz potente cual eco del Cielo. Una campana cuyo tañido se oiga en los cuatro puntos cardinales y que toque a rebato convocando al combate en pro o en servicio de la Luz. Campana noble y clara como una copa que, vuelta hacia abajo, derrame sobre la tierra la bendición celestial (la campana tiene la forma de una copa invertida: la copa recibe, la campana envía, emite o manda –*manda* también en el sentido de “ordena” o “dispone”--; la campana lanza una llamada, que es al mismo tiempo mandato, mientras que la copa es quien la recoge). Como si tuviera en mis manos el mazo o martillo del Donner teutónico, del Taranis celta, del Perunu eslavo o del Perkunas báltico, tengo que percutir mi campana [la campana de mi propia realidad personal] para arrancar de ella un sonido que sea canto inspirado dirigido hacia Dios, oración que se eleva a lo alto con fuerza y que es capaz de hacer vibrar el mundo entero en el que vivo.

El martillo de Thor ha sido comparado a menudo con el malleto o mazo ceremonial masónico, heredero del martillo de los canteros medievales, los constructores de las catedrales. Con la forma de un pequeño martillo de madera o marfil, el malleto simboliza la fuerza que labra, talla y desbasta la “piedra bruta”, para hacer de ella una piedra noble apta para la construcción. Como instrumento activo, prolongación de la mano humana, dicho mazo ritual significa “la voluntad humana que quiere transformar la materia, la determinación que permite al hombre perfeccionarse”. [70] Su misión consiste en doblegar la soberbia del ego, ablandar su dureza y suprimir sus rugosidades y aristas. Con su acción machacante, este martillo constructor (que en inglés recibe los nombres de *mallet*, *maul* y *gavel*) nos enseña a eliminar todas las excrescencias y alisar y suavizar las superficies, a corregir las irregularidades y rebajar al hombre a su nivel adecuado”. [71]

El mallete guarda, a su vez, una gran semejanza, tanto por el nombre como por la función que realiza, con el mallo utilizado antiguamente en la agricultura para desgranar a golpes la mies, de tal modo que de ella salga el grano. Significación que va en la misma línea de la anterior, en cuanto referido al cultivo y construcción del hombre. Y no puede dejar de señalarse la semejanza existente entre el sustantivo masculino *mallo* y el femenino *malla*, que hace referencia a las redes de pescar (esta similitud es aún mayor en lengua francesa, llegando casi a la coincidencia fonética, por ejemplo, entre el la voz *maillet*, que designa al mallete masónico, y el verbo *mailler*, que alude a la acción de pescar con red o al hecho de quedar un pez enredado en las mallas de pesca). Lo que nos remite a la idea de la pesca sobre la que antes hemos hablado en conexión con Thor y su martillo Myolnir.

El martillo, hacha, maza o mazo utilizado por el héroe solar en su combate con el dragón nos habla, pues, de acción transformadora del propio ser. Una acción pescadora, constructora y cosechadora que saca de nuestro propio fondo lo mejor de nosotros mismo, nuestras más altas y nobles posibilidades, haciendo que nuestra vida dé fruto y que nuestro burdo material se trasmute en una piedra bien labrada, digna de participar en la edificación del templo del que estamos llamados a formar parte.

Al hacer estas reflexiones, vienen a la memoria aquellos recios versos de Klopstock, que sirvieron a Mahler para dar cima a su Sinfonía N° 2, *Auferstehung* (“Resurrección”), coronada como grandiosa obra coral, siguiendo el modelo de la Novena de Beethoven, y que en ella van acompañados por el estallido majestuoso y triunfal de las trompetas, los timbales, el órgano y las campanas:

Auferstehen wirst du

Mein Herz, in einem Nu!

Was du geschlagen

Zu Gott wird es dich tragen!

(“¡Resucitarás, corazón mío/ Resucitarás en un instante!/ ¡Lo mucho que has luchado/ Eso mismo a Dios te llevará!”) Aparece en esas escuetas y vigorosas estrofas con gran fuerza expresiva el verbo *schlagen* (participio: *geschlagen*), que significa tanto “golpear” como “vencer”, además de otras muchas cosas, todas ellas sumamente sugerentes, como: acuñar, tañer (el arpa, el laúd o las campanas), librar batalla, tocar el tambor, tender un puente, trazar un círculo, palpitar y latir (el pulso o el corazón). La frase citada, que suele traducirse como “lo que has sufrido o soportado”, quiere decir literalmente “lo que has vencido o superado golpeando duramente, con tesón y firmeza”. Como dato elocuente, cabe añadir que, según refiere el mismo Mahler, hallándose él angustiado por la idea de la muerte, al leer estos encendidos versos del gran poeta alemán, el compositor vienés sintió como si le hubiera golpeado un rayo, iluminando de tal modo su mente, que todas sus dudas quedaron despojadas y lo vio todo con inusitada claridad.

Puesto que hemos aludido al poder iluminador y liberador del martillo de Thor, no podemos menos de recordar lo que Eckartshausen dice acerca del martillo de la *Licht-Kraft* o "Fuerza de la Luz" como arma del combate que ha de convertir al *lichtlose Mensch* ("ser humano opaco y sin luz") en un ser luminoso, "penetrado por la Luz" (*vom_Licht durchdrungen*). "Hay un martillo que hace añicos las puertas de la putrefacción y la

descomposición", escribe el místico bávaro refiriéndose al camino que el hombre ha de seguir para lograr la regeneración o renacimiento interior. Se trata, añade, de un martillo que todo ser humano porta en su interior y por medio del cual puede conseguir la victoria de la razón (*Vernunft*) sobre la sensualidad (*Sinnlichkeit*) y quebrar la tiranía de las dos fuerzas que lo esclavizan, la ignorancia y la pasión (*Ignoranz und Leidenschaft*), disipando así las nubes que cubren el santuario interior y abriendo la vía que conduce a la Iluminación o *Erleuchtung*, la cual supone la "acción del Logos divino sobre el espíritu del hombre" o, lo que es lo mismo, "el sometimiento de la sensualidad a la Ley imperativa de la Sabiduría de Dios". Para Eckartshausen, la Iluminación, meta suprema de la vía espiritual y secreto último de la religión, lleva consigo el conocimiento de sí mismo y el desarrollo del "resplandor de la Luz divina" o *göttlicher Lichtglanz* que está oculto en lo más íntimo de nuestro ser.^[72]

El martillo de la pura objetividad tritura y hace pedazos la falaz construcción egocéntrica, provocando una auténtica conmoción y desencadenando, al igual que el poderoso Myolnir, una tormenta de efectos regeneradores para la propia vida. Gracias a esa tormenta intelectual, la lluvia celeste desciende de nuevo sobre el terreno seco de nuestra individualidad, para empaparla con su gracia y su frescor. El golpe del mazo o martillo iluminador deshace la vida para rehacerla de nuevo, haciendo de ella un todo pleno de autenticidad y sentido.

El rayo áureo y diamantino de la verdad rompe el círculo vicioso del ego y lo reemplaza por un círculo luminoso --que, por contraposición, bien podríamos calificar de "círculo virtuoso"-- hecho de inteligencia y amor, de fuerza y armonía, articulado en torno a un eje firme y coherente: el Eje por excelencia, el Polo universal que une Cielo y Tierra. Un círculo con un centro claro y bien definido, que es el Centro supremo.

Señalemos, por último, que esta figura geométrica del círculo con el punto central es precisamente, en la simbología tradicional, el signo astrológico del sol y también la representación esquemática del ojo --el ojo despierto y bien abierto, el ojo que todo lo ve con limpieza y objetiva claridad, el ojo que da en la diana--, así como la figuración simbólica de la totalidad y la unidad, de la plenitud y la armonía, de la inmortalidad y la divinidad. Volveremos sobre este símbolo más adelante al hablar de las nupcias entre el vencedor del dragón y la dama liberada de las garras de este último.

[1] Séneca, *Carta a Lucilio*, XCVI, 6.

[2] Job 7, 1.

[3] J.G. Gichtel, *Theosophia práctica*, V, 1.

[4] Ph. Kapleau, *Los tres pilares del Zen*, trad, México, 1975, p. 35.

[5] *Brihadaranyaka Upanishad*, 1.3.1.

[6] Sw. Sivananda, *Tesoro espiritual*, cit, p. 172. ¿??????

[7] S. H. Nasr, *Ideals and realities of Islam*, London, 1975, pp. 73 s, 116 s.

[8] P. Nwyia, *Ibn 'Abbad de Ronda*, Beyrouth, 1961, p. 195.

[9] M. Lings, *What is Sufism?*, London, 1975, pp. 29-30.

- [10] Sh. Tachibana, *Ethics of Buddhism*, cit, 1981, p. 132.
- [11] J. Evola, *La dottrina del risveglio*, Milano, 1973, p. 26.
- [12] *Dhammapada*, III, 8 (40).
- [13] *Dhammapada*, XIII, 9 (175).
- [14] *Dhammapada*, XXVI, 17 (399).
- [15] J. Evola, *op. cit.*, pp. 26, 262 s
- [16] Mt 10, 34.
- [17] *Hebreos* 12, 1-2.
- [18] *Efesios* 6, 11-17.
- [19] V. Capánaga, *Agustín de Hipona*, Madrid, 1974, pp. 71 s.
- [20] San Bernardo, *De la excelencia de la Nueva Milicia*, Cap. I-V (*Obras Completas*, cit, Vol II, pp. 854-863).
- [21] M. Rodriguez de Torres, *Lucha interior*, I parte, Cap. II, fol. 21.
- [22] T. de Kempis, *Imitación de Cristo*, Libro I, Cap. III.
- [23] Fr. de Sales, *Lettres*, cit, pp. 117, 296.
- [24] J. Böhme, *The Incarnation of Christ*, XXV, 56-59, pp. 127-131, 270, 369.
- [25] J. Trautwein, *Die Theosophie Michael Hahns und ihre Quellen*, Stuttgart, 1969, pp. 114-117.
- [26] Decir "propia voluntad" es tanto como decir propio deseo, propio capricho, decisión o elección guiada únicamente por la propia opinión irresponsable y antojadiza, contraria o al menos indiferente a la Verdad
- [27] A. K. Coomaraswamy, *Hindouisme et bouddhisme*, trad, Paris, 1949, p. 22.
- [28] J.C. Cooper, *Symbolism. The Universal Language*, Wellinborough, 1982, pp. 49 s; *An Illustrated Encyclopedia of Traditional Symbols*, London, 1978, p. 56.
- [29] G.A. Gaskell, *Dictionary of the sacred languages of all scriptures and myths*, London, 1923, pp. 307, 500 s.
- [30] L. Ziegler, *Überlieferung*, Leipzig, 1936, pp. 256 ss.
- [31] W.F. Otto, *Los dioses de Grecia*, trad, Buenos aires, 1973, p. 53.
- [32] M. David, *Les dieux et le destin en Babylonie*, Paris, 1949, p. 70.
- [33] T.M. Stewart, *Symbolism of the gods of the Egyptians*, London, 1978, pp. 91-95.
- [34] Plutarco, *De Isis y Osiris*, 49, 371 B; 64, 376 F.
- [35] Ma Suryananda Lakshmi, *Quelques aspects d'une Sadhana*, Paris, 1963, pp. 79-81.

[36] Filón de Alejandría, *De opificio mundi*, 157-164; *Legum allegorie*, III, 246. La palabra griega *hedoné* es femenina, al igual que su equivalente alemana, *die Lust*, matiz éste que se pierde en el término español "placer".

[37] H. von Bingen, *Welt und Mensch*, cit, p. 194. La cita del *Apocalipsis* aludida es el versículo 6, 2.

[38] J.G. Gichtel, *Theosophia práctica*, V, 1-4.

[39] *Ibid*, V, 70-71.

[40] *Ibid*, V, 6-8.

[41] Sor María de Agreda, *La Mística Ciudad de Dios*, IX, 106.

[42] M. Oldfield Howey, *The Horse in magic and myth*, London, 1923, pp. 161 s.

[43] A.K. Coomaraswamy, *Buddha y el Evangelio del Budismo*, trad., Buenos Aires, 1969, pp. 24 ss.

[44] S. Weil, *La connaissance surnaturelle*, Gallimard, Paris, 1950, p. 189.

[45] V. Poucel, *Mystique de la Terre*, Vol. I, Le Puy, 1937, pp. 150 ss.

[46] M. Gupta, *El Evangelio de Sri Ramakrishna*, cit, Vol. II, 151, 173; Vol. III, pp. 181 s, 263.

[47] Dante Alighieri, *Paradiso*, XXXIII, 53.

[48] *Rig-Veda*, I, 57, 2.

[49] D. Frawley, *Hymns from the Golden Age*, Delhi, 1986, p. 122.

[50] Lama Anagarika Govinda, *Foundations of Tibetan Mysticism*, London, 1969, p. 64. En un texto tibetano se nos dice, aludiendo a la fuerza de la verdad y el bien, que una pequeña acción buena es un poderoso antídoto contra el mal y el error, "del mismo modo que una alta montaña es partida en dos por un pequeño *vajra*" (Sgam.Po.Pa, *The Jewel Ornament of Liberation*, London, 1970, p. 125).

[51] T. Burckhardt, *Alquimia*, cit, p. 151.

[52] D.T. Suzuki, *Mysticism Christian and Buddhist*, London, 1979, pp. 31 ss. Como certeramente indica Suzuki, el *gahakaraka* o "arquitecto de esta casa" en la que estamos encerrados no es otro que "nuestro ego empírico, relativo". Buddha, al descubrir la no-egoidad de todo lo existente, descubre quién es realmente este edificador de nuestra esclavitud, lo ve cara a cara y comprueba cómo opera, acabando así con su tiranía y alcanzando la suprema libertad. "Al ser conocido, visto y capturado, el monstruo, el edificador de la casa, el constructor de la prisión deja de tejer su red traicionera en torno al Buddha" (*ibid*, p. 32).

[53] D. Frawley, *Hymns from the Golden Age*, cit, p. 124 s.

[54] *Talks with Sri Ramana Maharshi*, Tiruvannamalai, 1984, pp. 47 s.

[55] Sri Nisargadatta Maharaj, *I am That*, cit, p. 507, 520, *passim*.

[56] Sh. Suzuki, *Zen mind, beginners mind*, Tokyo/ New York, 1986, pp. 133 ss.

[57] Sobre el simbolismo del *vajra* como rayo solar y como arma de doble poder, puede consultarse el artículo de René Guenón, "Les armes symboliques", en *Symboles de la Science sacrée*, Paris, 1962, Cap. XXVI, pp. 170 ss.

[58] D.T. Suzuki, *Zen and Japanese culture*, cit, pp. 90 y 203.

[59] *Apoc.* 2, 12-16. Obsérvese que el Logos divino que, armado de "la espada de dos filos aguda", ha de vencer a la Bestia o "Dragón rojo", es descrito como caballero regio montado, al igual que San Jorge, sobre una cabalgadura blanca.

[60] V. Capánaga, *op. cit.*, p. 383.

[61] K. Graf von Dürckheim, *Japan und die Kultur der Stille*, cit, pp. 95- 103.

[62] *Ibid*, pp. 117-122.

[63] *Ezequiel*, 29, 4-8. Desde la perspectiva en que aquí estamos considerando el simbolismo del dragón, los peces que se adhieren a las escamas del monstruo fluvial podrían ser interpretados como los poderes aliados del ego: los sentidos y las potencias del alma; los *indriya* de la tradición hindú, o sea, los poderes de percepción y de acción; todo aquello que pulula en torno al ego, contribuyendo a afianzar su poder: sus inclinaciones, apetencias, ideas, prejuicios, etcétera.

[64] No puede dejar de señalarse, por último, la similitud que la pesca prodigiosa de Thor guarda con la "pesca milagrosa" del Evangelio. Emma Jung y Marie-Louise von Franz citan un papiro copto en el que aparece Cristo con cuerpo de pez y pescándose a sí mismo; imagen que, según las citadas autoras, vendría a recoger el mismo significado autocognoscitivo que destacábamos en la pesca de Thor, pues en ella Cristo representaría "aquél que hace consciente su propia naturaleza" (*The Grail Legend*, London, 1971, p. 190). Habría que recordar aquí lo que en páginas anteriores decíamos acerca de la similitud entre el dragón y el "gran pez" o monstruo marino, en la oscuridad de cuyas entrañas --rodeadas a su vez de la oscuridad de los abismos oceánicos-- se encuentra prisionero el héroe solar, así como la identificación establecida por los antiguos germanos entre Thor y Cristo.

[65] Fr. von der Leyen, *Die Götter und Göttersagen der Germanen*, München, 1924, Vol. I, pp. 36-38.

[66] L.-R. Lefèvre, *Héraclès*, cit, p. 88.

[67] Fr. Schuon, *Logique et Transcendance*, Paris, 1982, p. 66.

[68] Sh Suzuki, *op. cit.*, pp. 31 ss.

[69] Seung Sahn, *The Compass of Zen*, Boston, 1997, pp. 25-40.

[70] J. Ferré, *Dictionnaire symbolique et pratique de la Fran-Maçonnerie*, Paris, 1994, p. 167.

[71] C. Dyer, *Symbolism of Craft Masonry*, London, 1983, p. 152.

[72] K. von Eckartshausen, *Über die wichtigsten Mysterien der Religion*, cit, pp. 26-43, 88 y 102, *passim*.